

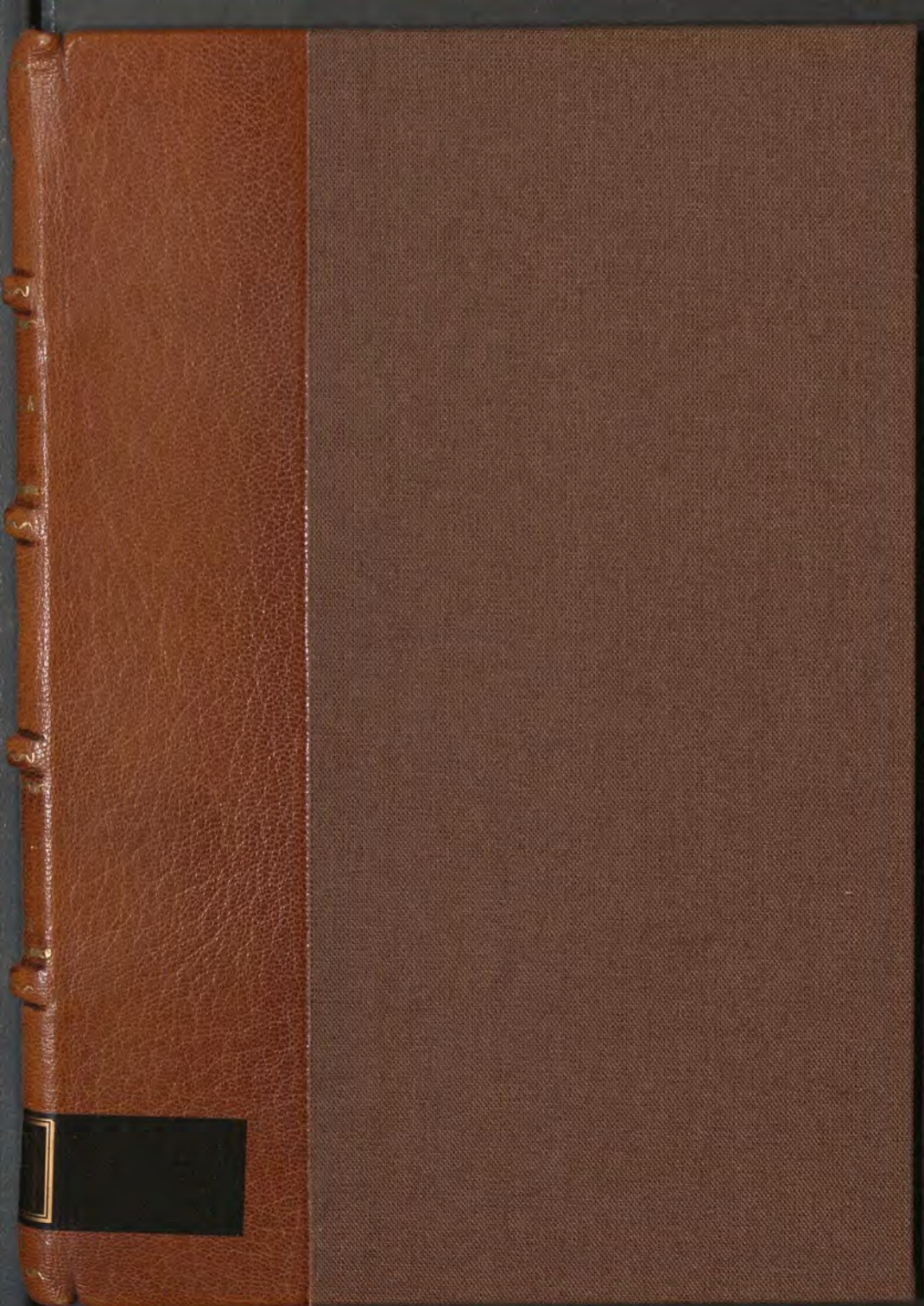


LENZU

LA
TORRE
NUEVA
DE
SARAGOZA

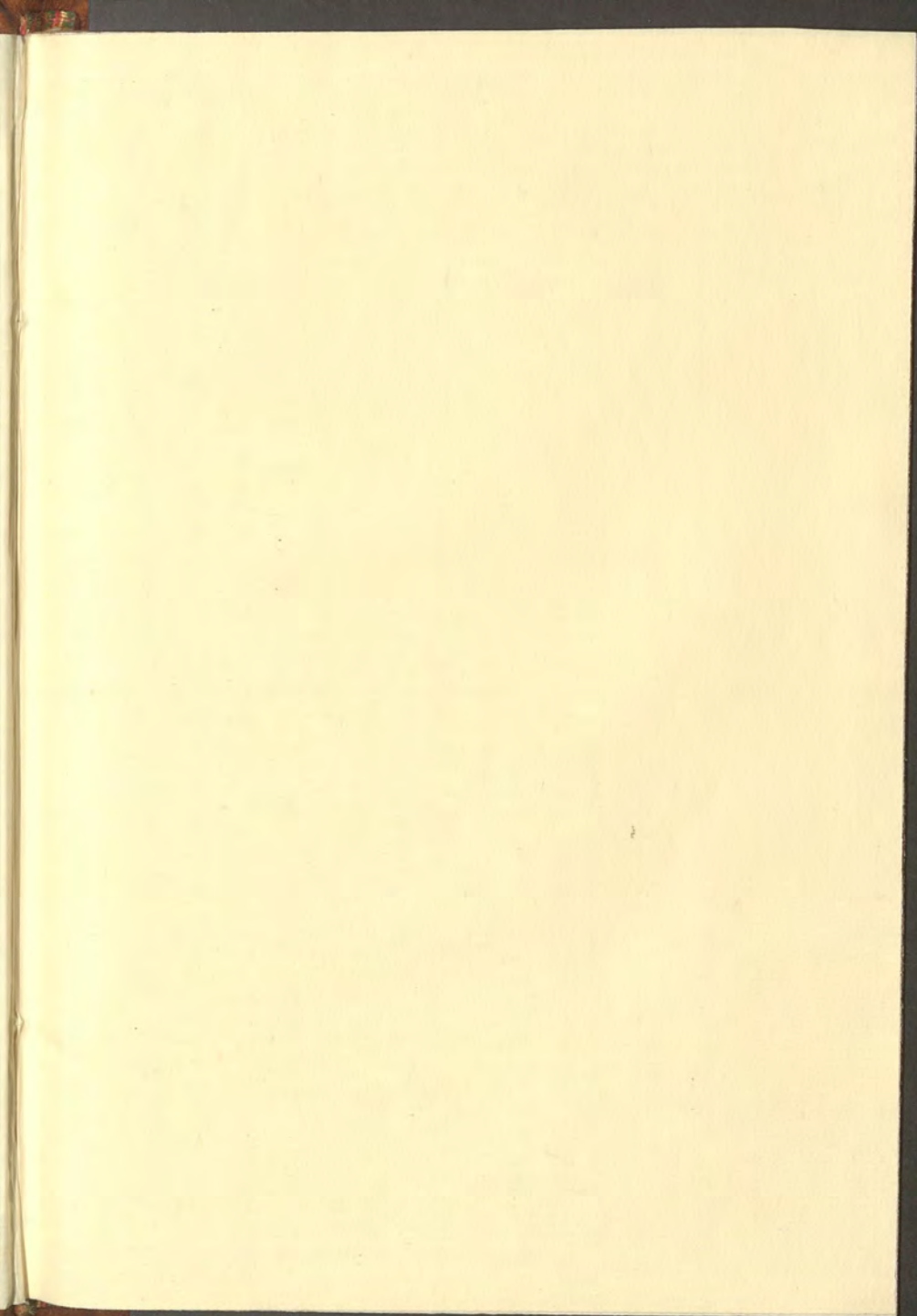
1891
VAL
Tor

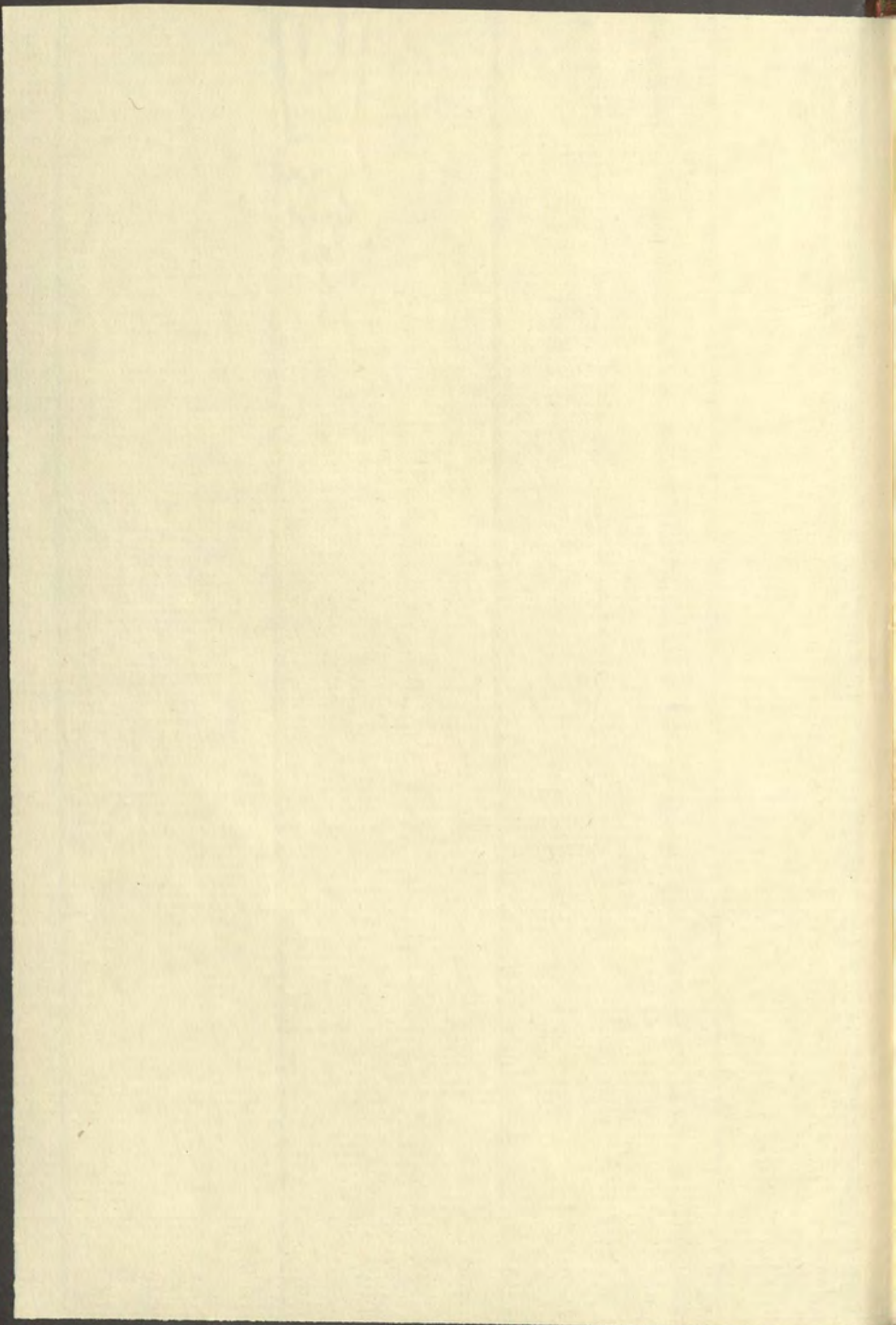
1891

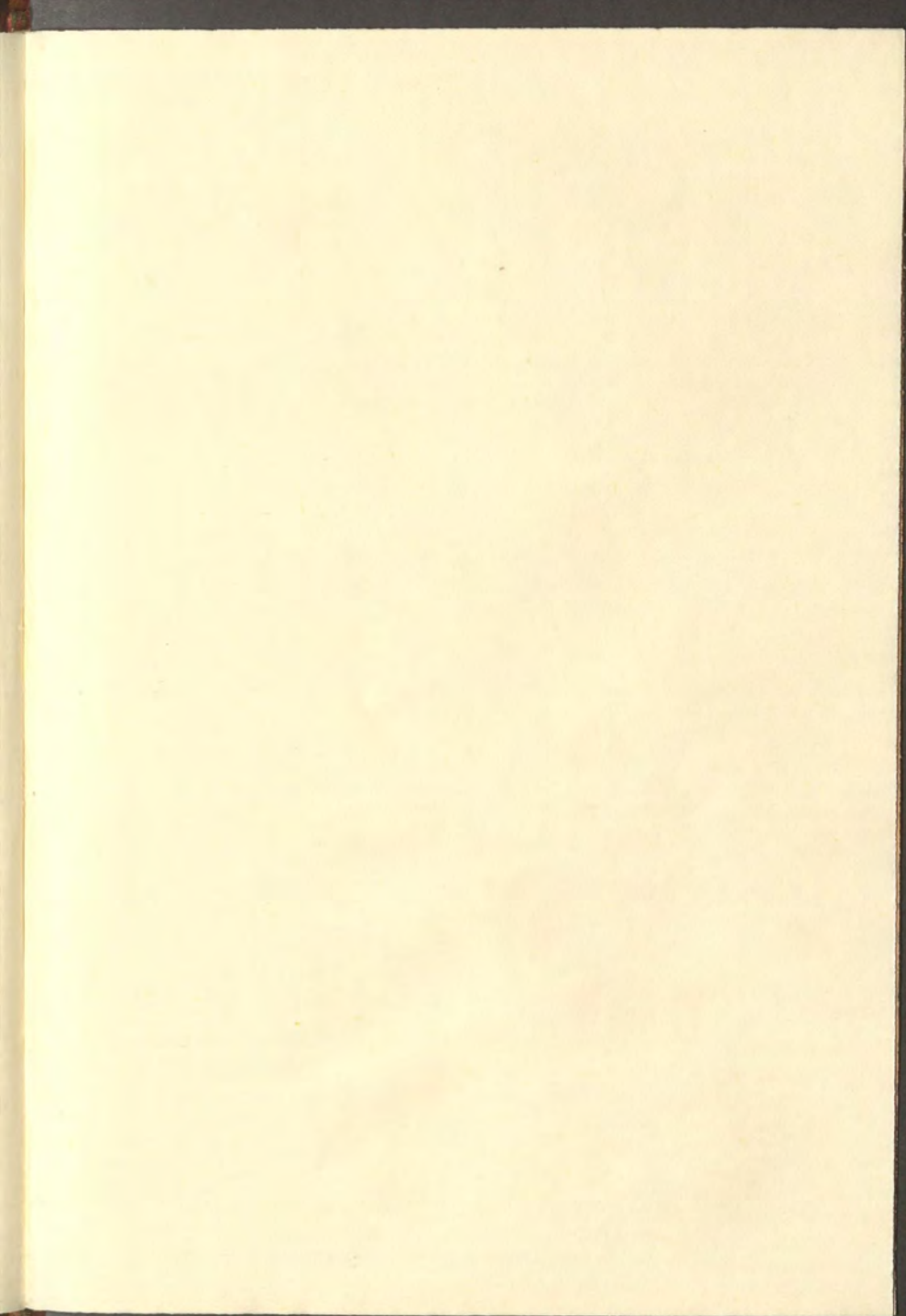


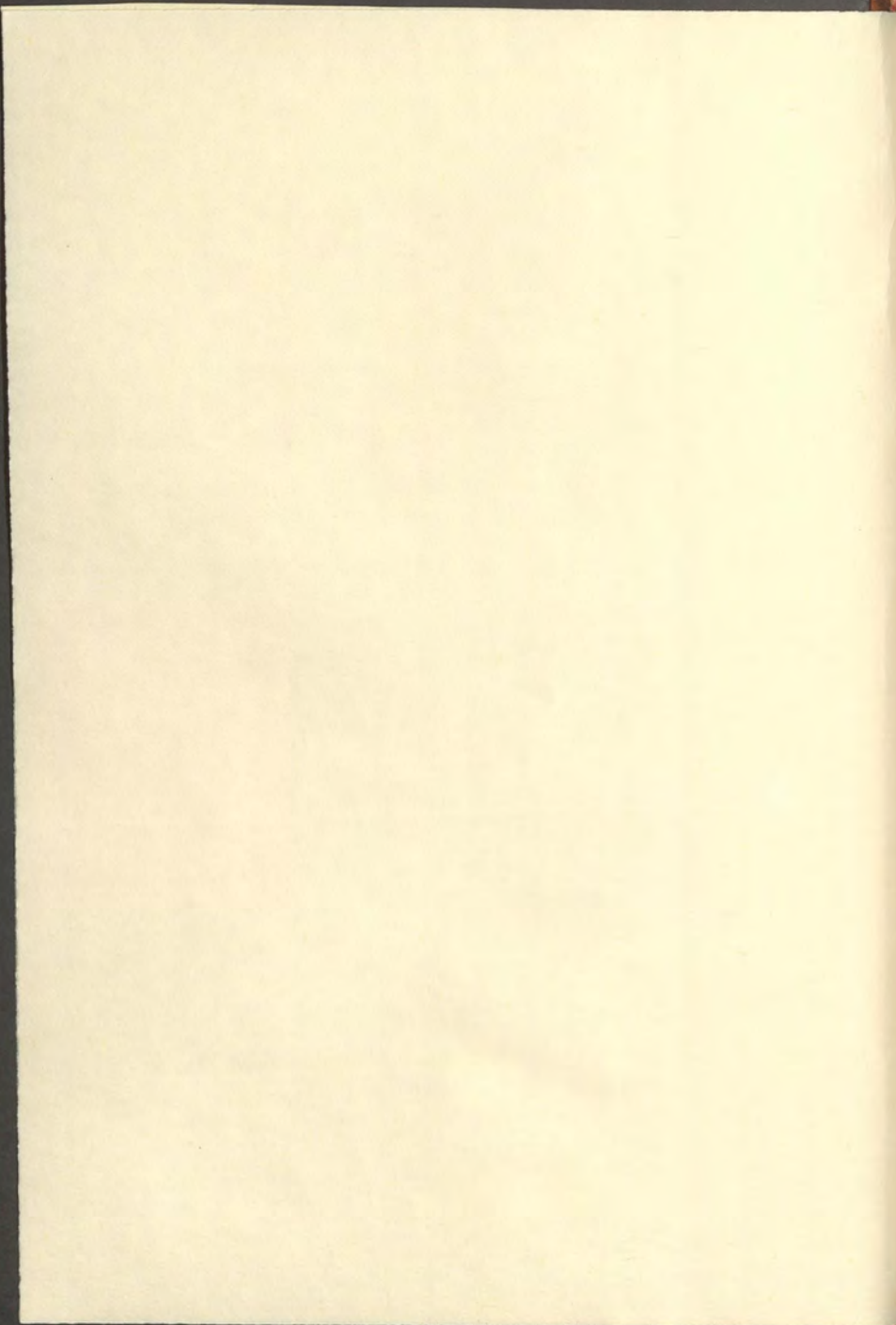


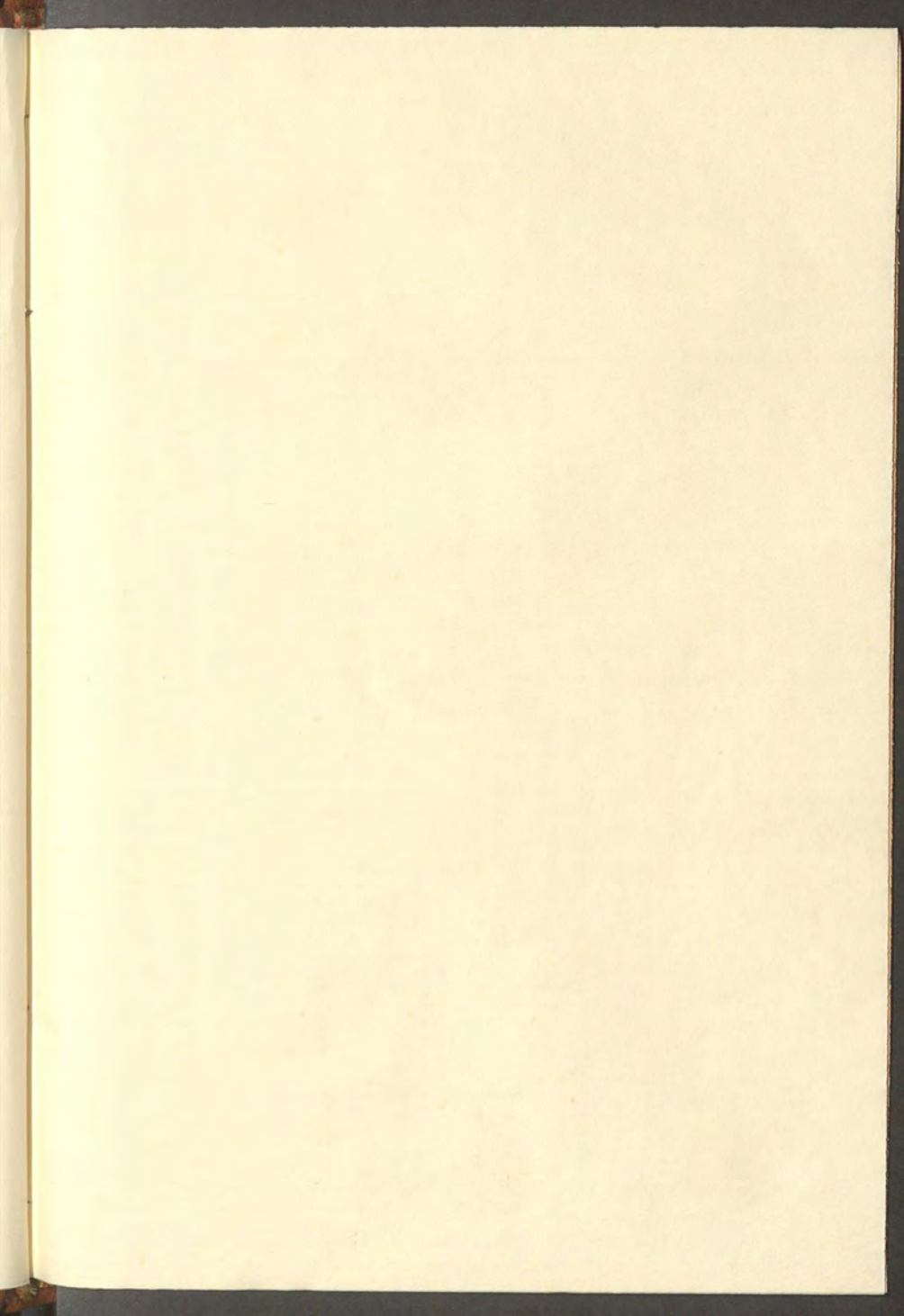
BIBLIOTECA

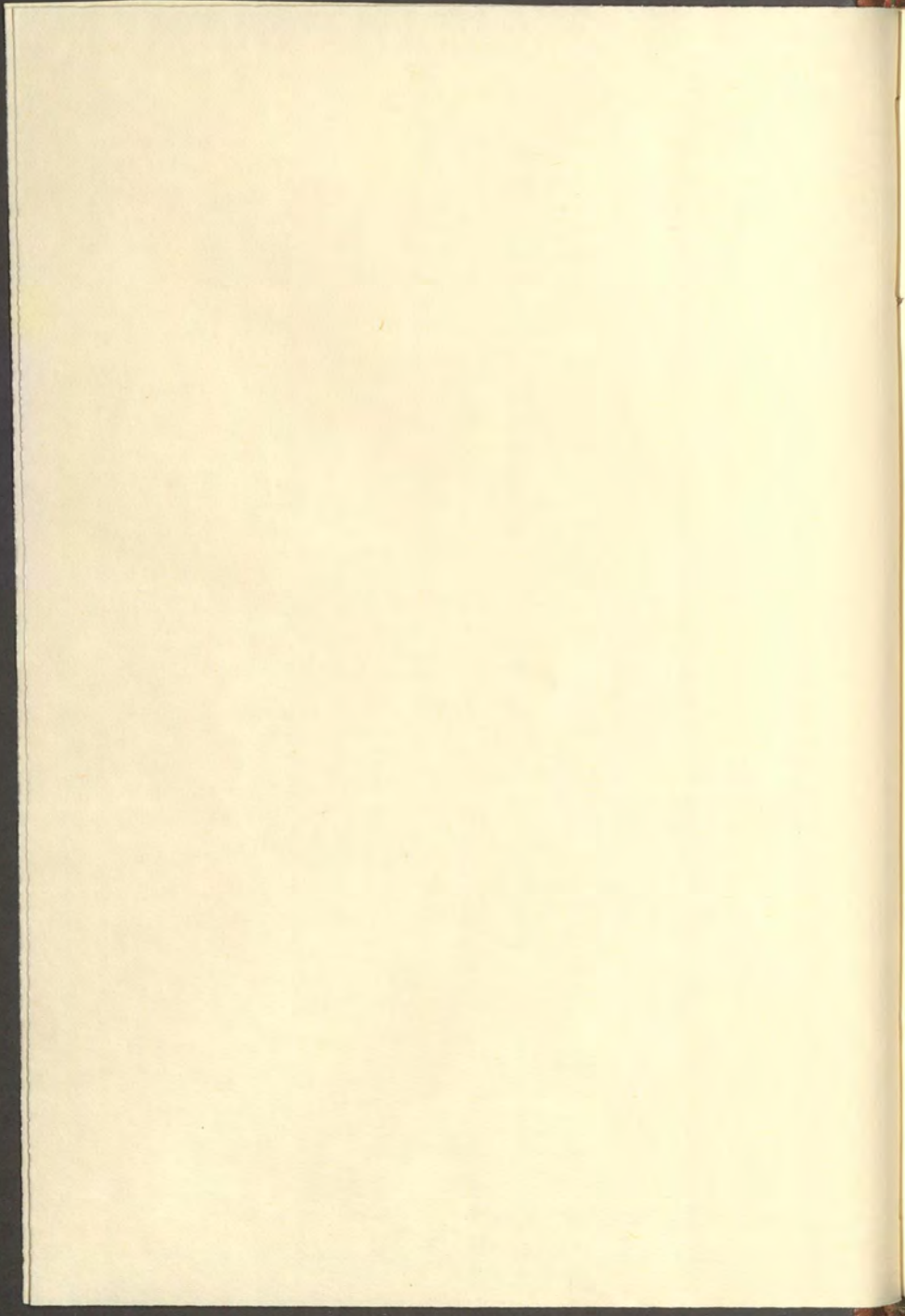




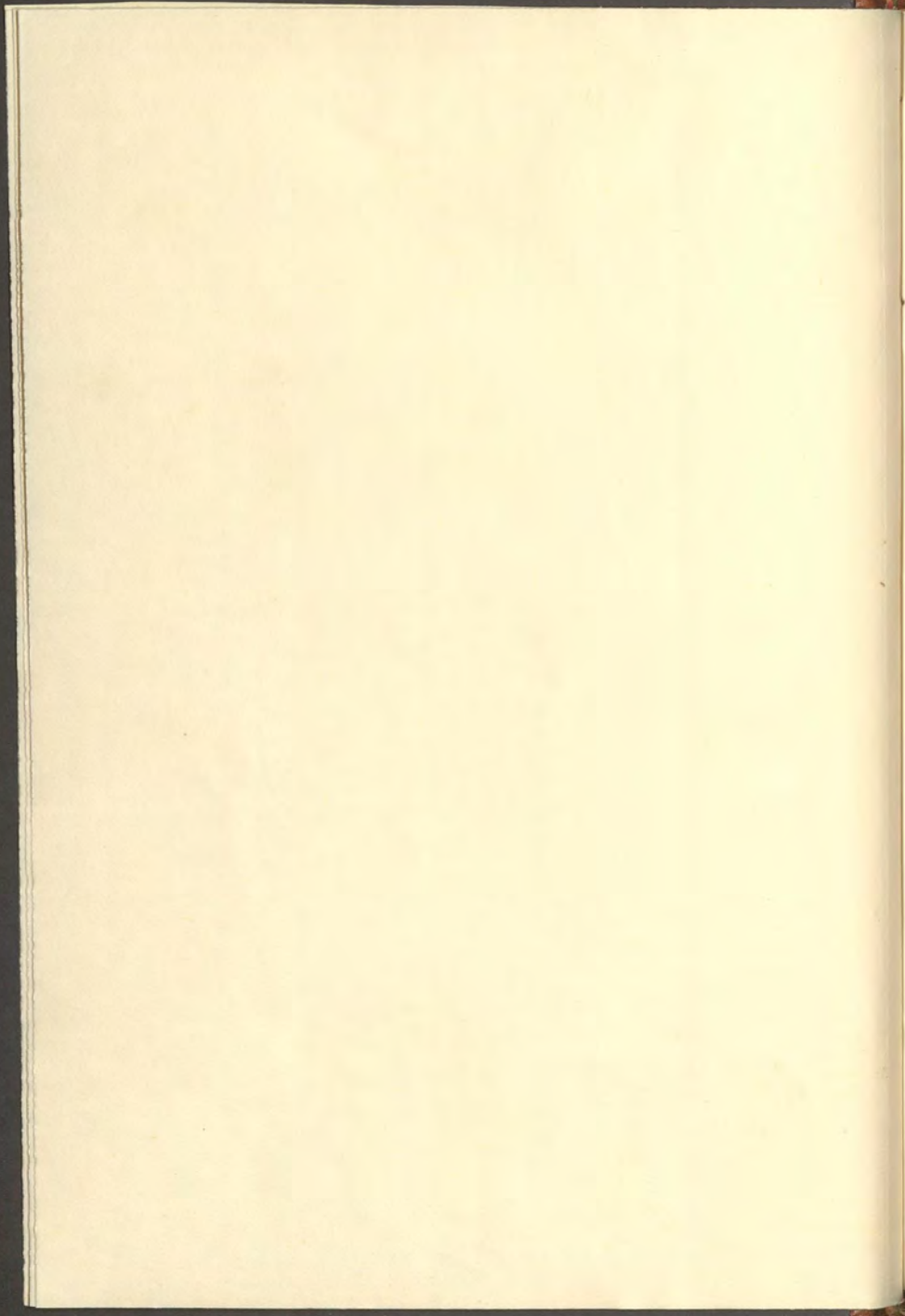


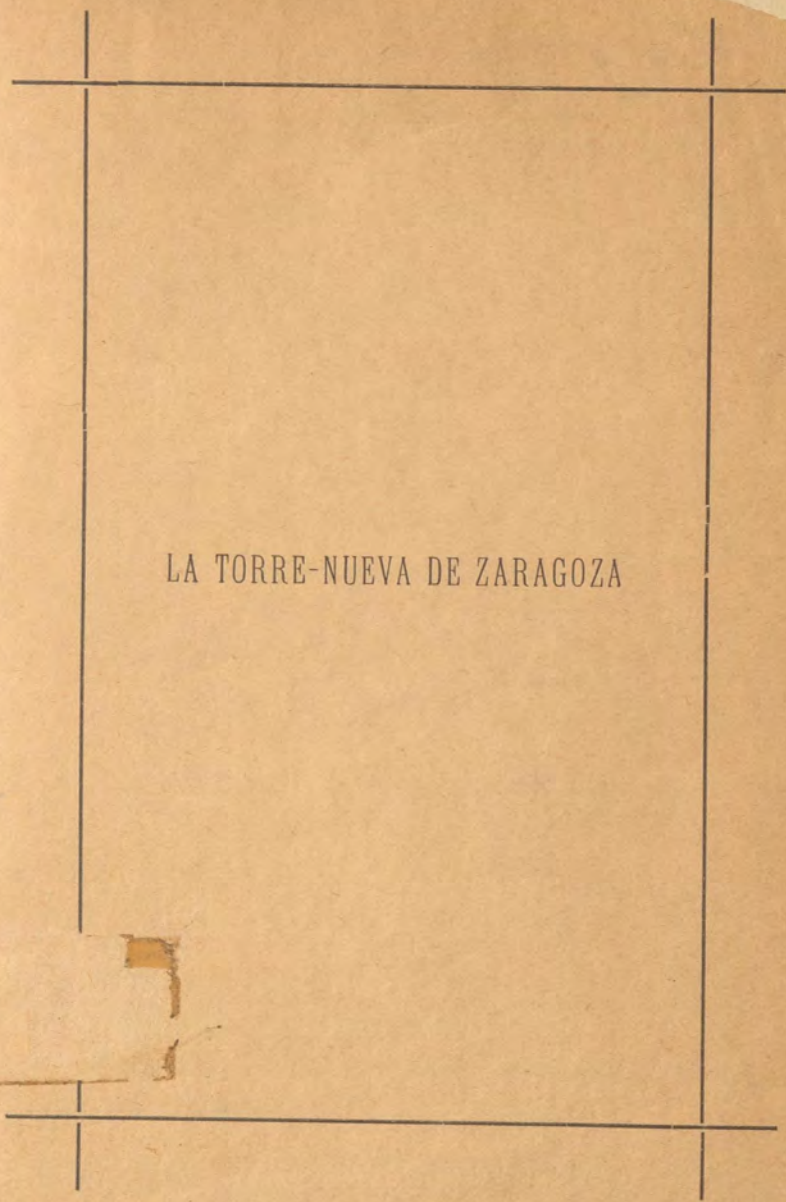






LE JOURNAL DE M. DE LAUNAY





LA TORRE-NUEVA DE ZARAGOZA

7.01(46.321)
Val.

1891 VAL Toz

FA-820

658

CONCEPTOS DE ARTE
LA TORRE-NUEVA
DE ZARAGOZA

POR

D. RAFAEL DE VALENZUELA Y SANCHEZ-MUÑOZ

~~~~~  
CON APROBACIÓN ECLESIÁSTICA  
~~~~~

1481

ZARAGOZA
TIPOGRAFÍA DE MARIANO SALAS
Plaza del Pilar, Pasaje
1891

SUMARIO



- I. REFLEXIONES GENERALES SOBRE EL ARTE.
- II. SIGNIFICACIÓN DE LA ARQUITECTURA.
- III. ARQUITECTURA MIXTA: MUZÁRABE, MUDÉJAR.
- IV. LA TORRE-NUEVA DE ZARAGOZA.
- V. INFORMES FACULTATIVOS.



CONCEPTOS DE ARTE

LA TORRE-NUEVA DE ZARAGOZA

I

Lo verdadero, lo bello y lo bueno, prestan materia nobilísima á las aspiraciones del alma. Y de tal suerte se juntan y se ensalzan con vínculo suave la bondad, la belleza y la verdad, que es vano todo propósito enderezado á buscarlas solitarias por cualquier camino, pues siempre andan amigablemente unidas y no es dado sorprenderlas en alardes de mutua independencia.

En tal sentido, háse dicho con muy sano

juicio que la belleza es el esplendor de lo verdadero, así como su aspecto moral estriba en las iluminaciones suavísimas de la bondad.

Pero si esto es así, aparece igualmente cierto que no siempre forman ellas tres el objetivo especial de las labores del espíritu, antes bien suele ser lo común que una de estas tres manifestaciones armónicas del sér, determine la materia singular de la investigación y del estudio.

Cuando dicho estudio recae sobre la belleza, cuando, por modo especial, la toma por materia de su trabajo, entónces se abre al corazón y á la inteligencia la esfera grandiosa de las artes, con anchuroso espacio donde pueda soltar las riendas el genio, y donde levante, sobre amplísimos fundamentos, las más gigantescas creaciones de la fantasía.

El genio, por medio de la abstracción, se eleva de lo concreto á lo indeterminado, de lo obscuro de la realidad, al resplandor del ideal. En el seno del ideal se agita, se mueve, armoniza los conceptos arrebatados al orden real, y, como remate de su es-

fuerzo, fantasea un nuevo tipo que, al traducirse en hecho ó expresión, al recibir el aderezo de la forma, realiza, por manera admirable, aquella hermosa existencia que es en sí misma la verdadera creación artística. Por esto el genio que desea espaciarse en las bellas esferas del arte, debe subir por la misteriosa escala de la abstracción á los espacios elevados del ideal, para descender mansamente, con el vuelo reposado del águila, á manifestar, ante la mirada de los hombres, la realidad concreta nacida al calor de las armonías buscadas en el suave enlace de las abstracciones.

La poesía es el alma de la creación artística. El pintor, el músico, el arquitecto, el estatuario, el poeta, necesitan esa fuerza misteriosa que es á modo de fuego que alimenta el ardiente hogar de su energía creadora. Se diferencian en el medio de expresión, el destino hácia que caminan sus obras es el mismo; cambia la naturaleza de sus formas, pero es idéntica la finalidad de su esencia; mudan la materia que revela su sentimiento, más este sentimiento se encamina á iguales enseñanzas, y arranca en favor del

corazón los mismos provechos, y brinda iguales mercedes en beneficio de la inteligencia.

«El pintor, ha dicho un notable publicista, ha menester del colorido real; el músico, de la nota; el arquitecto, el estatuario, de la piedra, del bronce... de la naturaleza; el poeta, en fin, necesita de la palabra.»

Más la poesía ha de resplandecer en el colorido real, en la nota, en la piedra, en el bronce, en la palabra, para que sus manifestaciones lleguen á alcanzar el dictado de revelación artística.

La poesía es como el denominador común de todo linaje de arte.

En cada una de las artes puede decirse que encuentran un reflejo, más ó menos intenso, todas las otras sus compañeras, que la identidad de fines coopera para que la imaginación pueda sorprender tales reflejos, y admire colores, líneas, sonidos y palabras en todas las sublimes y variadas manifestaciones del genio artístico.

En el bello poema del Cristianismo Chateaubriand fija en brillante relieve todos los rasgos de la arquitectura cristiana. Miguel

Ángel dejó escrito el más hermoso canto en la grandiosa cúpula de San Pedro. Rossini inmortalizó con suave colorido su *Stabat Mater*. La Purísima del gran Murillo encierra el secreto de las más sublimes armonías. Murillo es músico, Rossini es pintor, Miguel Ángel poeta, Chateaubriand arquitecto.

Todo el que gusta del sentir artístico, sea cual fuere la esfera donde se desenvuelvan sus facultades, saborea la dulzura que encierra el sér de todas las artes. Por eso, de manera instintiva, sin especiales estudios, el poeta, por ejemplo, encerrado en la cadencia de su rima, llega á desentrañar en la arquitectura el encanto de sus líneas, en la pintura el secreto de sus colores, en la música el concierto harmónico de los sonidos, y en toda bella expansión del genio alentada por el sentimiento, algo, ya en su fondo, ya en su forma, que surge con los vigos de la intuición en el movimiento de su fantasía. De aquí precisamente el que, en momentos dados, todo genio creador al traducir las dichas intuiciones, pueda, en cierto sentido, estimarse como obrero de todas las artes, como cultivador de todas las ma-

neras y formas que traducen en bella realidad los sentimientos del alma.

Abandonando, no sin disgusto, este sabroso estudio de las armonías que median entre las artes, vengamos al que ahora pide singularmente este escrito, y consideremos el arte arquitectónico.



II

ANTES que la imprenta, ha dicho un grave escritor, la arquitectura era la palabra de los siglos, la historia de las naciones se escribía con caracteres de piedra, y la grandeza de los monumentos marcaba la grandeza de los pueblos.»

Así es en verdad, y hasta tal punto, que el que quisiere, con detenido estudio, rehacer la historia de la humanidad, podría, aunque no sin ahincado esfuerzo, hallarla pura y sin la mancilla con que á las veces se enturbia en las corrientes de la tradición ya oral, ya escrita, buscándola, en sus aspectos generales, allá en las obras que los hombres levantaron simbolizando sus ideas, y vistiendo de gala material las palpitaciones de su sentimiento.

En medio de la variedad inmensa que se

advierte en el ejercicio de las facultades con que Dios adornó al hombre, échase de ver que puso el Creador en la naturaleza humana una superior tendencia hácia la unidad. Esta irresistible tendencia abrigó á la familia bajo el dulce techo del hogar doméstico; reunió, en apacible consorcio, á los habitantes de un mismo pueblo; estrechando en vínculos de inquebrantable firmeza á aquellos que pronuncian con iguales acentos el sagrado nombre de la patria.

Y la tendencia hácia la unidad no lleva solo á la familia, al pueblo, á la nación, como entidades sociales, sino que para afianzarlas y robustecerlas, conduce también á la armonía de todos sus individuos en el orden elevado de los sentimientos. Por variadas que sean las costumbres, en sus aspectos singulares, dentro de un mismo pueblo, siempre la tendencia hácia la unidad determina sentimientos que, al constituir el espíritu director de su desarrollo, bien le enderezan por los senderos de la perfección, bien, por caminos extraviados, le llevan á la decadencia y la ruina.

Estos sentimientos generales que unifi-

can los pueblos y les prestan la savia de vida y la manera del sér, estos sentimientos que aparecen á guisa de nota específica denunciadora de la singularidad de las naciones, son los que el genio artístico, recogién道les en su detalle concreto de la prosáica realidad, les levanta á las esferas ideales para derramarles desde allí, vestidos con el noble ropaje de la belleza, en el seno amoroso de los pueblos que se sienten alentados al mirar á través de los encantos de la forma, la imágen viva de las ideas que brotan en lo más íntimo de su conciencia.

En esto estriba precisamente el lugar que corresponde á los fines del arte.

Es razonable, por tanto, convenir en la verdad que puede acarrear a la investigación del pasado con el concurso de la arquitectura. Y esto que juiciosamente enseña el raciocinio, está demostrado con toda luz en las páginas de la Historia.

Desde el sencillo altar humildemente aderezado por el hombre que coloca la ofrenda de su fe sobre la tosca piedra; hasta la grandiosa torre de Babel levantada

neciamente por el espíritu de la soberbia para burlar desde su altura los castigos del Señor: desde la choza errante que se alza y se destruye á la medida del vario caminar de los ganados; hasta la morada patriarcal, abierta y espaciosa, y fija en la esplanada que ofrece dulce abrigo á la semilla que briosa germinará en su regazo: desde la sombría arquitectura de la India, reveladora de su naturaleza panteista, que ya abre sus templos en el seno granítico de las montañas, ya alza sus pagodas sobre inmensos pilares, ó colosales elefantes, ó atléticas cariátides, adornándoles con toda la titánica grandeza de su fauna, y con toda la gala y magnificencia de aquella flora sin rival que festonea las rápidas vertientes del Himalaya, y asombra las bulliciosas corrientes del encantado Ganges; hasta la reflexiva y grave arquitectura de los egipcios, que sostiene sobre el *obelisco*, luciendo á todo viento, la viva llama de su creencia, á la par que inmortaliza y honora la memoria de los grandes genios con la severa elocuencia y la imponente majestad de sus pirámides: desde la arquitectura helénica, gallarda, ligera,

modelada en el más plácido sentir estético, robustecida en sus dulces caudales que murmuraban sobre arenas de oro y entre guijas de brillante, por la corriente *dórica*, llena de severa elegancia, de modesta lisura y de solemne pompa; por la inundación del gusto *jónico*, palpitante de luz, enamorado de la suavidad de las líneas, esclavo de la gracia del perfil, y aun más esclavo de la pureza del contorno, que realizara en sus capiteles rizados y en sus arqueadas bóvedas; por la festiva expresión del arte *corintio*, que forma el capitel con la hoja bellísima de *acanto*, y que, al inspirarse en los modelos sonrosados del pensil, hubo quien le clasificara como el *orden de las flores*; hasta la arquitectura de Roma, grande, activa, monumental, dominadora, que canta en epopeyas de piedra la privanza de sus armas y el brillo de su dilatado poderío, levantando majestuosos templos, arcos de triunfo, panteones soberbios, altísimas columnas, palacios, puentes, acueductos, termas, circos, coliseos, cuanto puede soñar la fantasía como agasajo de la fuerza, cuanto puede imaginar el pensamiento como regalo del orgullo vanamen-

te embriagado en el aroma de gloria, que, al rozarse con los hombres, despiden los más gigantescos triunfos: desde los misteriosos portentos del arte gótico, armonizadores en el templo cristiano de la fe, que resalta en su místico y grave conjunto; de la esperanza, magníficamente simbolizada en aquellas sus líneas que, arrancando atrevidas del pavimento, suben con aliento esforzado hasta confundirse, en abrazo estrechísimo, en el punto más alto de la espaciosa bóveda; de la caridad, significada en aquel limpio rayo de sol que, cruzando á través de las ojivales luciérnagas, inunda el templo con todos los matices del color, arrancandô á la luz sus más prodigiosas armonías; hasta la arquitectura árábica, risueña como las mañanas del Oriente, guarnecida de ajaracas, alicatados y relieves, riquísima en fantasía, fabricadora de aquel espeso bosque de graciosas columnas que se llamó la mezquita de Córdoba, de aquel gigantesco esmalte que se dijo Alcázar de Sevilla, de la grandiosa Alhambra, prodigioso tejido de encajes, soñado sobre cimientos de oro que mina el Darro, para gozar desde su esplén-

dido mirador de Lindaraja la vega más deliciosa de la tierra, la imcomparable vega de Granada; desde la piedra, en fin, levantada por el druida á las orillas del Ródano, primera iniciación del arte que en sus múltiples gradaciones históricas ha recorrido nuestra mente; hasta la obra, maravilla entre todas las obras, la catedral consagrada en Roma al príncipe de los Apóstoles, reveladora de aquellos artífices inmortales que se llamaron Orgagna, Giotto, Bramante y Miguel-Ángel, todas, absolutamente todas las creaciones arquitectónicas, alentadas al calor que despide la llama del genio, han guardado bajo la expresión de sus formas el ser que alentara su existencia, el rayo de luz que vivificara su destino; y en las líneas, en la severidad de los contornos, en lo suave de los perfiles, en el aderezo de las columnas, en la ornamentación de los pórticos, en la gentileza de los bóvedas, en el atrevimiento de los arcos, en la magestad de las cúpulas, en todo cuanto cifra orden de construcción, en todo cuanto manifiesta la manera y el estilo que preside la creación de los grandiosos monumentos, sorprende

la mirada revelaciones del espíritu, ardientes destellos del alma, enseñanzas firmísimas que permanecen inmutables como la piedra que con su forma las pregona; hallando en esas revelaciones, en esos destellos, en esas firmísimas enseñanzas, dibujada la imagen de todas las humanas sociedades, retratada la traza y hechura de todos los pueblos, sus virtudes y sus vicios, sus quebrantos y sus victorias, sus pasiones y sus sentimientos, el ideal de su inspiración, el derrotero de su progreso, cuanto puede servir de base para lograr la fiel memoria del pasado, cuanto puede ofrecer robusto cimiento al grandioso edificio de la historia de la humanidad.

«Mientras los monumentos levantados por los pueblos antiguos en regiones distantes y apartadas del centro y asiento de la civilización europea, ha dicho un elocuente escritor moderno, no habían sido objeto de estudios detenidos; mientras las ruinas de los que dejaron Grecia y Roma permanecieron olvidadas ó casi desconocidas para las naciones del mundo moderno, la historia de aquellas generaciones era generalmente

trasmitida y revelada por los cantos de los poetas que celebraban sus triunfos y sus grandes hechos, y por tradiciones fabulosas incapaces en muchos casos de inspirar la fe que la razón no podía concederles. Pero no solo incierta y envuelta en dudas, sino aun suponiéndola algunas veces digna de fe, era incompleta y deficiente para quienes no vieran en la Historia solo un relato de batallas ganadas y perdidas, ó una enumeración de reyes que se dividían el imperio del mundo; para quienes quisieran conocer las leyes, las instituciones, las costumbres, la manera de ser y las condiciones de la vida social de aquellos pueblos. El espíritu de investigación, alentado por el amor de la ciencia y la esperanza del éxito, produjo un gran movimiento en el mundo del saber y de la inteligencia, que vino á llenar aquel vacío hasta donde verdaderamente parecía entonces imposible; ese movimiento sigue, y dado el primer impulso la investigación continúa cada día con más ardor y con más poderoso estímulo... Y todo eso cuya importancia sería torpe desconocer, ha salido de la piedra, del monumento, de las ruinas; en

una palabra, de la arquitectura, porque ella ha reflejado siempre los caracteres distintivos de todas las sociedades.» (1)

(1) Lecciones de Arquitectura por D. Bernardo Portuondo, prólogo p. XVIII.



III

Si como queda demostrado por el severo raciocinio, por la enseñanza de la Historia, y por la eficacia de la autoridad, la arquitectura es reflejo y traducción fidelísima de los sentimientos que animan la vida de los pueblos, llano ha de parecer que siga en el curso de su existencia los mismos caminos que labran, en el mudar del tiempo, las corrientes del movimiento social.

En el continuo roce de civilizaciones que acusa en sus variadas páginas la Historia, no siempre figuran dominantes las ideas características de una sociedad, no siempre se destacan, con apartamiento de toda extraña influencia, las líneas que determinan un estado de cultura; que es cosa harto frecuente ver enlazadas unas veces y confundidas

otras, las ideas, de todo linaje, de diversas sociedades y de culturas distintas.

El rozamiento de los pueblos siquiera comience en el ensangrentado campo de la lucha, suele terminar con el enlace, más ó menos provechoso, de su civilización. La guerra siente necesidad de treguas, y en la aproximación y en el comercio de sentimientos que se establecen á merced del reposo del batallar, las costumbres se mezclan y los ideales se armonizan, y cuando, en el revolver de los siglos, después de los mil azares de favorable ó adversa fortuna, después de todos los grandes episodios que se desarrollan en la gigantesca pelea de dos razas, aparece una sociedad imperando sobre otra y atándola á su carro de victoria, al proclamar su independencia, al festejar con himnos de júbilo su triunfo, siempre, quizá sin advertirlo, lleva en su mismo seno gérmenes, tendencias é inspiraciones de aquella otra sociedad que fuera su eterna rival y su enemiga.

Estas influencias se reflejan de suerte especialísima en la esfera de las artes; y de modo muy singular en la arquitectura.

Tal es el fundamento del estilo cristiano-arábigo.

Hundida la monarquía visigoda en las ensangrentadas corrientes del Guadalete, fué tarea sencilla á los habitantes del desierto africano recorrer victoriosos toda la península española. Muza y Tarif arrancan con mano altiva la Cruz de nuestros grandes monumentos y colocan sobre ellos la media luna; sustituyen el imperio de Mahoma al imperio de Jesucristo.

En corto plazo España se sintió dominada por los audaces invasores, y el califato de Damasco engarzaba en su brillante diadema la gala mas preciada del Occidente.

Los árabes no se presentaron como bárbaros en el principio de su dominación. Guardaron extraño miramiento al vencido, respetando parte de su ley, y mirando con estudiada cortesía las ceremonias de su culto.

Merced á tan suave política quedaron muchos españoles viviendo en las tierras conquistadas; pero hubo otros, en porción no escasa, que sintiendo arder con mas violencia en su pecho la llama del patriotismo, no aviniéndose á los tratos del vence-

dor, escalaron las enhiestas montañas del Pirineo, y allá en su cumbre, en las apartadas tierras asturianas, vivieron entre breñas y malezas, respirando el aire purísimo de la libertad.

Estos aires de libertad despertaron fiero valor en los corazones españoles, y llegado el punto de sacarle á prueba, visiblemente ayudados por el brazo de la Providencia, lograron alcanzar aquella memorable victoria de Covadonga, principio de la magnífica reacción española que viera su espléndido remate al abrir sus brazos la Cruz sobre la Alhambra de Granada.

Al mismo tiempo que en Covadonga resonaba el primer grito de independencia, allá en las empinadas cumbres del Uruel, en la histórica cueva de Galeón, el valeroso Arista, con algunos esforzados aragoneses, secundaban el grito de Pelayo, y con arrojado heroísmo echaron los cimientos sobre los cuales se habían de asentar los reinos de Aragón, de Navarra y de Sobrarbe.

Andando los tiempos aquellos valientes moradores de las sierras buscaron á su enemigo en las llanuras; y, tras cada victoria el

horizonte de su dominio se ensanchaba, y la patria perdida, pedazo á pedazo, volvía á alentar la vida de sus queridos hijos.

Extendido así el territorio cristiano, multitud de *muzárabes* sintieron el deseo de tornar á la verdadera patria, y se despertó en ellos viva corriente de emigración, aumentándose, por tal medio, el desarrollo de los estados cristianos.

Después de siglo y medio de vivir entre los vencedores, traían los recién llegados en su espíritu tanta parte de influjo árabe, cuanta pudieran conservar de naturaleza visigoda. Este influjo se marcó desde un principio en el arte arquitectónico, y el estilo muzárabe abrió las primeras páginas de su historia.

Vano sería buscar en tal estilo la fusión del árabe y del que, en aquella época, se consideraba como arte cristiano. Esa fusión quedaba reservada para tiempos posteriores; por de pronto la traza muzárabe se reducía á idear monumentos en los que ambos estilos, sin confundirse, ni amalgamarse, aparecían unidos bajo un mismo orden aparente de construcción.

A este propósito escribe un notable publicista: «Cuántas observaciones hiciéramos sobre este primer período de la arquitectura mixta, se reducirían á separar y examinar aisladamente los elementos cristiano y musulmán, sin encontrar más enlace entre uno y otro que la coexistencia de ambos en un mismo edificio.»

Quedaron huellas indelebles de esta natural inspiración arquitectónica, y ya en las altas cumbres de los cerros ganadas á la morisma con la energía celtívera de nuestra raza, ya en los apacibles y floridos valles que recibieron el torrente de la sangre vertida en las asperezas más elevadas de las sierras, edificaron los cristianos triunfadores, como en exvoto de su fe inextinguible, como muestra sentida de su reconocimiento, monasterios suntuosos y graciosas ermitas donde en perpétuo culto se cantasen alabanzas al Soberano instigador de sus victorias; y en Samos, en Sahagún, en Valdediós, en San Miguel de la Escalada, esculpieron, en caracteres de piedra, el gallardo tributo de su cortesía religiosa que á la par dejaba satisfecha su hermosa deuda

y abría ancho campo donde pudiera brotar otro laurel de gloria merecedor de nuevas gratitudes.

Dió un paso más la Historia, adelantó camino en el enlace de las razas, y siguió la arquitectura, por tales sendas, su tranquilo curso.

En el año 1085 Yahía Al Kadir entregaba al gran Alfonso VI las llaves de Toledo, y con solemne pompa, acompañado de D.^a Constanza y del valiente Rodrigo Díaz, cercado de caballeros castellanos, aragoneses é hidalgas gentes de allende el Pirineo, tomó posesión de aquella luego imperial ciudad, que era, por entonces, baluarte fuertísimo de la raza agarena y como centro y sostén de su dominio.

Alfonso el Batallador, ayudado del arrojo de que siempre llevaba aparejado su ánimo, con sus leales huestes aragonesas y con el valeroso apoyo del bravo conde de Alperche y del ilustre Gastón de Bearn, después de apretado cerco, logró arrancar la media luna del torreón de la Azuda, llegando en 1118 á romper las cadenas que aprisionaran, en lazos de esclavitud, á la noble ciudad de Zaragoza.

El reino de Navarra, en estos mismos tiempos, á merced de su valor, ensanchaba el territorio y abría más espacio á sus fronteras. Y allá en tierras del Nordeste el condado de Barcelona, después del brillo que le prestaran Wifredos y Borrelles, continuaba enriqueciendo su afamada historia con nuevas galas arrancadas al árabe invasor de nuestra hermosa patria.

Así las cosas, quedó España mitad árabe y mitad cristiana. Ambos imperios pudieron ya mirarse frente á frente. La nivelación de energías condujo á mayor miramiento en sus mutuas relaciones; y treguas y pactos vinieron frecuentemente á allanar sus armadas diferencias.

Terminada la conquista, la aparición de los muzábares fue debida á la galantería y al buen sentido de los guerreros orientales; y justo era que no luciese menos la galantería cristiana, en sus días de fortuna, dando margen, al extender su señorío, á otro nuevo linaje de ciudadanos que fuera como la compensación de la hidalguía árabe.

Aparecieron entonces los mudéjares, y al calor de los estrechos vínculos forjados

entre los cristianos y los árabes que quedaron entre ellos, nació vigorosa y sellada con singulares caracteres la verdadera arquitectura mixta, la designada propiamente por el insigne Amador de los Rios con el nombre de arquitectura mudéjar.

Tuvo lugar, por fin, el enlace del arte cristiado y del arte arábigo, y con sencilla unión, inspirada en las naturales reglas del buen gusto, se inauguró el nuevo estilo que, según frase de un notable escritor, apareció en pleno mediodía sin menoscabarse hasta comienzos del siglo XVII, época en la que, sustituido por nuevas artes de arquitectura, quedó relegado con entero brillo á las páginas de la Historia.

Arte mudéjar apellidó al originado por tal estilo el docto académico que con más ahinco le puso en estudio; y ello era razón, que fácilmente puede colegirse tan solo contemplando los magníficos monumentos de aquella traza, y viendo en ellos retratada la superior influencia que cupo en la combinación á la arquitectura de los árabes.

Gozaban de extraordinario crédito los alarifes mudéjares, aquellos *homes mansos é*

de buena palabra, sabidores de Geometría y entendidos en facer engeños é otras sotilezas, que, merced á sus raros talentos en estas artes, lograron alcanzar, según recuerda un docto historiador toledano, aquella real ordenanza que les otorgaba privilegio para juzgar los pleitos derechamente por su saber é por uso de luengo tiempo.

«Los árabes mudéjares, dice el ilustrado Sr. Mérida, produjeron un arte especial, que, aunque conserva todos los elementos de su origen antiguo, se ve influído por los estilos cristianos. El sistema decorativo mudéjar nada ofrece en cuanto á la estructura de las lacerías, ajaracas, etcétera: es un árabe menos puro y en el cual la flora tiene á veces más importancia que la lacería. El gusto ojival se acomodó muy bien al gusto árabe en la ornamentación de techumbres y en los frisos decorados con arquerías; obras que revelan la habilidad y el buen gusto de los artistas mudéjares, que en aquel tiempo estaban de moda, por decirlo así, pues los preferían y buscaban los reyes cristianos, singularmente para el adorno de las catedrales.»

«El arte mudéjar, escriben los señores Gascón de Gotór en la provechosa obra que, con aplauso general y con incesante trabajo, vienen publicando, levantó edificios donde la imaginación tomó grandes vuelos, y donde el gusto y el arte se unieron: y fué tal su influencia en España, única nación donde existió, que dominó en gran manera en las construcciones, variando en parte la arquitectura ojival y aun la del Renacimiento importadas á nuestro país.»

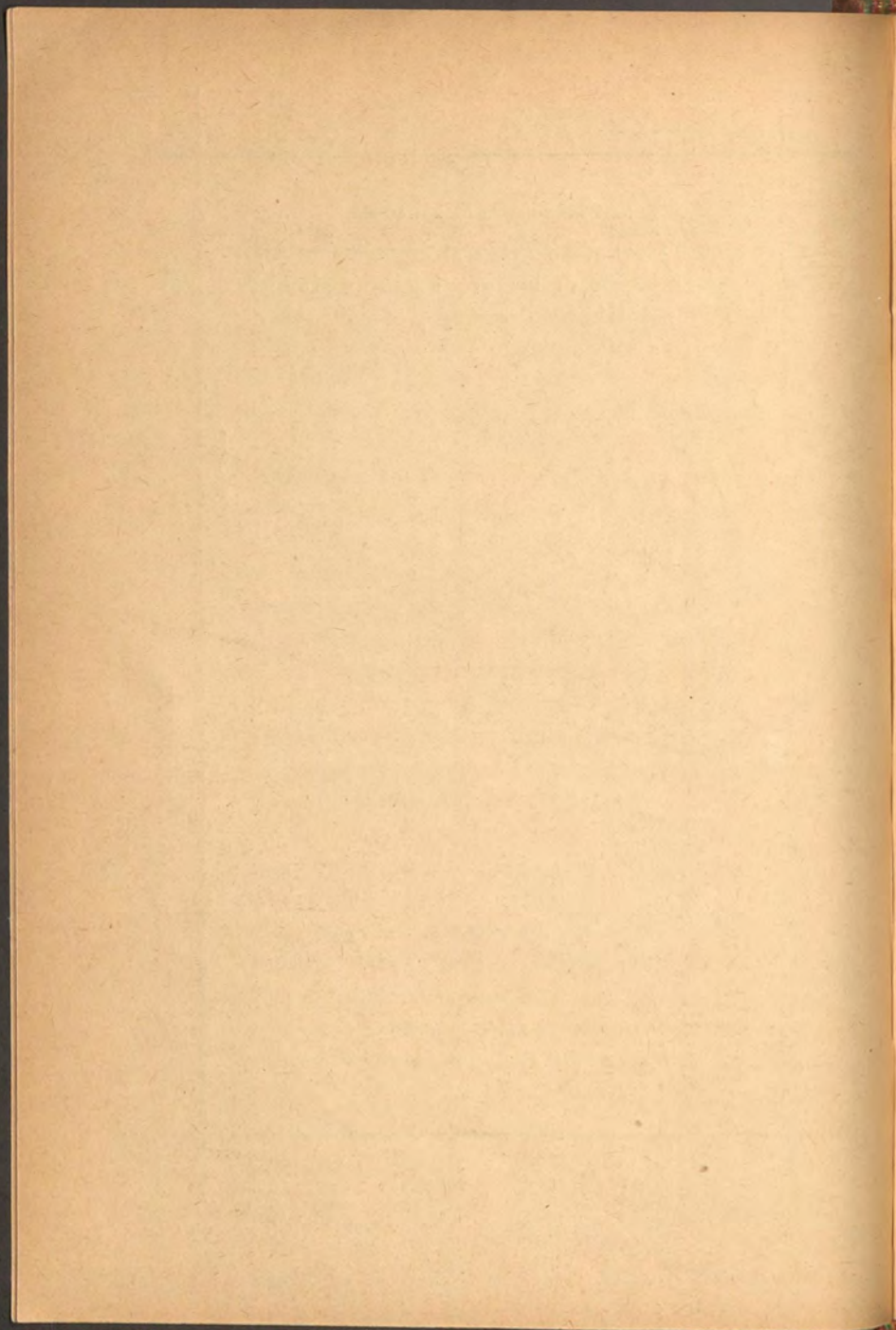
Las más nombradas ciudades españolas se enriquecieron con preciosas joyas labradas por la inspiración mudéjar, y Toledo y Zaragoza gozaron mas de cerca los favores del nuevo arte que levantó, al abrigo de sus muros, ó en los abiertos campos de sus vegas, magníficos monumentos, esplendor legítimo de su tiempo, y que despiertan hoy las nobles remembranzas del pasado.

Fuese interminable tarea relatar menudamente las obras mudéjares toledanas. Dan señal gallarda de su hechura los famosos templos de Santo Domingo el Real, Santa Isabel, San Juan de la Penitencia, la parroquieta latina de Santiago el Arrabal,

el grandioso templo de San Juan de los Reyes; y allende la muralla el histórico Castillo de San Servando, y los celebrados y famosísimos palacios de Galiana, donde quedó grabada, con el encanto de orientales ensueños, la magnificencia y poderío de la altiva raza de los Guzmanes.

La graciosa torre de San Miguel de los Navarros, que se destaca suelta en el más dilatado espacio; la grave y severa de San Pablo, erguida sobre apiñada muchedumbre de vetustos edificios y de sombrías viviendas; la afligranada y esbelta de la Magdalena, que, entre restos de antiguo *alicatado*, aun conserva alguna brillante muestra de sus más lucidos arabescos; el escondido campanario de San Juan y San Pedro; el muro lateral de La-Seo, ejemplar valiosísimo del más caprichoso mosaico; la grandiosa cúpula de la Parroquieta del Salvador, tesoro inagotable de suntuosidad artística que maravilla por *«la riqueza de sus cornisas estalactílicas, por la fecundidad de ingenio en las tracerías tachonadas de estrellas, y las fajas de fondo azul del que destacan escudos de armas entrelazados de ajaracas y atauri-*

ques»; tales son los ejemplares más famosos que el enlace de las arquitecturas árabe y cristiana, dejó para recreo y encanto de la ciudad de Zaragoza.





IV

PERO las obras mudéjares más caracterizadas, exclama el ya citado señor Mérida, son las de ladrillo, entre las cuales sobresalen las torres, tales como la Nueva de Zaragoza, que es un precioso modelo del género, cuyo adorno está construido por medio de alicatados de ladrillo formando combinaciones geométricas muy sencillas de rombos, cuadrados, triángulos, arquerías lobuladas ó de herradura, etc.»

De propósito no hemos hecho mención de la Torre-nueva, al presentar en cuadro general las edificaciones mudéjares de Zaragoza, por que queremos hacerlo, de manera especialísima, como remate de este ligero estudio.

Su historia es sobradamente conocida por cuantos se preocupan de materias de arte, y por todos aquellos hombres genero-

esos que templan el acero de su alma al calor de las glorias tradicionales.

Más si este conocimiento nos releva de la fatigosa tarea que siempre encierra el estudio minucioso del detalle, no nos desobliga, en verdad, á presentar, siquiera sea en brevísimo resumen, aquella parte más substancial de su historia que se hace precisa para llenar cumplidamente nuestro empeño.

Corría el año de 1504 cuando vinieron los habitantes de Zaragoza en deseo de construir una grandiosa torre que pudiera levantar en su fábrica, á considerable altura, un reloj cuyos ecos se esparcieran por todo el cerco de la ciudad, llegando también á las extremidades de su dilatada vega.

Formalizada la idea con la autoridad del Capítulo y Consejo, y determinado el emplazamiento, dióse aviso del proyecto al Arzobispo D. Alonso de Aragón que era, por aquellos años, Lugarteniente general, alzándose después, como fué de rigor, al rey D. Fernando, que aprobó como muy de su gusto la tal empresa, desembarazándola de todo aquello que pudiera atajar su pronta ejecución.

No se dieron punto de reposo los encargados de ella, y encomendaron los trabajos á Gabriel Gombao y Juan Sariñena, maestros cristianos, á Inci de Galí de origen hebreo, y á los maestros árabes Ezmel Balladaz y Maestre Monferríz, quedando nombrado como director de la fábrica el primero de ellos que gozaba justa fama de hombre perito en todo linaje de construcción.

Encomendóse á Jaime Ferrer, vecino de Lérida, la obra del reloj, con la precisa condición de fundir dos campanas, una para avisar las horas y la otra para señalar los cuartos, quedando zanjado el ajuste total en 190 florines de oro.

Aunque semeje paradójico quince meses bastaron para que el nuevo grandioso monumento se alzara soberbio en la ancha plaza de San Felipe. El sueño se había realizado como por arte de encantamiento. La arrogante fábrica dominaba, con imponente señorío, á la ciudad de Zaragoza.

Desde el pavimento hasta la Cruz medía la nueva torre 273 pies; y la cimentación arrojaba la cifra de 66.

Las campanas corrieron muy varía suer-

te, hasta que, en 1712, quedó definitivamente instalada la mayor, de peso de 250 quintales, siendo bautizada por el ilustre Obispo de Huesca D. Francisco de Paula Garcés de Marcilla, con los nombres de María del Pilar, San Valero y Santa Bárbara.

A través de los siglos conserva la majestuosa torre toda aquella pureza de líneas que pudiera presentar al salir de la mano de sus artífices. Su traza general es bellísima, su ornamentación es rica en detalles, y tal es la armonía que junta en una sola entidad artística todos sus cuerpos, que no es fácil concebir obra, en su género, de concepción más razonada y científica.

Llevados de la natural inclinación que mueve en nuestro espíritu la gallardía de su fábrica, sentimos verdadera violencia al no describirla según se presenta á nuestra mirada, pero es fuerza acallar este deseo, ya por lo difícil de la empresa, ya también por que el insigne Cuadrado dejó de ella una tan sencilla fotografía, que no cabe ser sustituida por ninguna otra referencia.

«La planta de la Torre es octógona, pero la fecunda imaginación de los archi-

tectos, dice el ilustrado escritor, supo evitar la monotonía de la forma y combinó indefinidamente el ladrillo que la compone, aliando en sus labores el estilo gótico al árabe, como se aliaron en su construcción moriscos y cristianos. Sin degradación apenas en los cuerpos, sin más aberturas que aspilleras, toda su variedad consiste en los adornos que figuran ventanas, pretiles, galerías y torrecillas. Singular es la forma del primer cuerpo asentado sobre un alto basamento; como si el artífice hubiese intentado adelgazar la obtusidad de sus ocho ángulos, tirando dos líneas hacia dentro, y antes de llegar á la unión de entrambas se hubiese detenido, dejando en medio un pequeño ángulo saliente, describe su plano una estrella de diez y seis puntas, ocho mayores y ocho menores. Liso en el primer tercio, imitando ventanas en el segundo, y en el tercero una serie de góticos arcos, corona á este primer cuerpo una ancha cornisa de cuadros oblicuos, reducida nuevamente á su figura octógona, que continúa en el segundo cuerpo, flanqueado en sus ángulos por estríadas torrecillas hasta el mis-

mo remate. Grandes y profundas ojivas, formadas por arcos en degradación, ocupan los ocho lados, conteniendo una de ellas la muestra del reloj, y por encima resalta una gótica galería y un lindísimo arabesco. Sobre un labrado pedestal se eleva el tercer cuerpo, de cuyas ojivas, menores que las del segundo, arrancan ocho redondas torrecillas que, juntas con las ocho de los ángulos, cortan en diez y seis fases el cuarto cuerpo cubierto por un encaje de cuadrados arabescos. Y termina toda esta fábrica con ocho balcones salientes que forman una galería en cuyo centro está suspendida la campana principal.»

Tal es la Torre-nueva de Zaragoza.

Si toda esta grandiosidad nos manifiesta al presentarse ante nuestra vista, ¡cuántas memorias de lo pasado, cuán magníficos recuerdos despierta en nuestro ánimo al contemplarla con la mirada del espíritu!

¡Generaciones hoy yertas en el polvo de los sepulcros, glorias desvanecidas cual la espesa humareda que se disipa en el espacio, torpes vanidades que pasaron como las heladas ráfagas del cierzo, virtudes y

heroismos inmortales, vivos mantenedores de la Historia,.... cuántas veces rozásteis con vuestras pequñeces ó con vuestras grandezas las bases del gigante monumento! ¡Con qué elocuencia habla la imponente majestad de su silencio!... Contemplándole se abisma el pensamiento, pero no es su abismo el que obscurece al alma en las entrañas de la tierra; es el abismo *hacia arriba*, es el abismo que ilumina al espíritu con las dulcísimas claridades de los cielos.

¡Subamos, con reposada marcha, á sus altos miradores. ¡Qué prodigioso espectáculo! Levantados sobre la pesadumbre de la vida, nuestra primera mirada es para el cielo: azul, claro..... sin límites. Allí la arquitectura divina se revela en toda su grandeza; no hay obra humana que la aminore con la imperfección de sus líneas. Todo lo que abarca la mirada es obra de Dios, y los cielos cantan su gloria.

Como el alma debe tener su asiento tras aquel clarísimo manto, al contemplarle no aciertan nuestros ojos á apartarse de sus delicias, y solo cuando el corazón, en sus dulces palpitaciones, nos habla de nuestros

amores, se tiende la mirada hacia la tierra buscándoles ansiosamente, como para levantarles al regalo de tan magnífica felicidad.

Entonces Zaragoza aparece circundando á la elevadísima Torre, y sus dismanteladas murallas, y sus puentes soberbios, y sus calles espaciosas, y sus abiertas plazas, y sus floridos jardines, y sus suntuosos templos, y sus antiguos palacios, y sus modernas construcciones, se presentan á la regocijada imaginación como en un inmenso plano natural que por arte maravilloso traza el poderío de las alturas á nuestra presencia.

Tornando á levantar nuestra mirada, nos sorprenden amplísimos horizontes. De un lado, partiendo de la llanura, dibújense graciosas prominencias, que modelando valles y mesetas semejantes á las suaves ondulaciones del oleaje, se extienden hasta las faldas del Moncayo, coloso de granito coronado de perpetuas nieves; de otro, aparecen vecinas las alegres montañas de Torre-ro, presentando como amistosa avanzada la pintoresca colina de Buenavista; de frente, allá á lo lejos, campean en relieve las siluetas de extensa cordillera, embalsamada con

el perfume de sus tomillos, embriagada con el aroma de sus romeros; y en el extremo opuesto, cerrando todo este suntuoso marco labrado por el cincel admirable de la naturaleza, figuran las agrestes sierras del Castellar, áridas y sombrías, recordando quizá en sus soledades á aquella valiente raza almogávar que, guarecida en sus formidables defensas, la mantuvo sobre sus hombros de gigante.

Entre esos límites, ora en la apacible llanura, ora en las verdes laderas, se asientan, en todas direcciones, y en pintoresco desconcierto, hermosos caseríos y alegres torrecillas, rodeados de espaciosas tierras, bañadas por el sol con raudales de oro, lucientes con la afamada gala de sus huertas, ricas en sabrosísimos frutales, sintiendo por doquiera el murmurar festivo del agua bienhechora

Que fertiliza umbrías alamedas,
Gayos pensiles, pintorescas granjas,
Y undoso mar de serpeadoras vides
Que en dorado racimo el nectar guardan. (1)

(1) Zaragoza.—Romance Descriptivo, por D. Mario de la Sala.

Corre el Jalón por la hondonada llevado, á manera del Nilo, en sus rojizas corrientes, el más fecundo sustento de los campos; el Gállego clarísimo arrastra, entre sus apacibles ondas, el recuerdo perenne de aquellas altivas montañas donde sonó por vez primera, en este suelo, el noble grito de independencia; besa el rápido Huerva las grandiosas ruinas de Santa Engracia, y sin cesar entona altísima elegía á los mártires de la fe y á los mártires de la patria; y el Ebro, sonoro, majestuoso, arrogante, después de ofrecida la riqueza de sus caudales, allá en tierras navarras, á esta lozana vega, viene, rozando el muro de la ciudad, á recibir el agasajo del labrador agradecido, y á cantar un himno entusiasta á la excelsa Señora que, á la par que es reina de los ángeles, tiene un trono inmortal en el Pilar de Zaragoza.

Llevado en las alas rapidísimas del viento el eco de la Torre-nueva innunda con su cadencia melodiosa los ámbitos dilatados de la vega. Esos dulcísimos ecos despiertan al venturoso labrador de su ligero sueño, le regulan las bonancibles horas del trabajo, le señalan el tiempo del reposo, convidando

sus afanosas tareas al sencillo orden en cuyo seno se alía el provecho con la felicidad. ¡Cuántas veces, llegado el mediodía, cuando el sudor corre por la frente y el cansancio hiere la acerada musculatura del trabajador de los campos, al escuchar esos ecos que anuncian el descanso, suelta el arado con que remueve la tierra, deja la semilla que quiere abrigar en su regazo, y, elevando sus ojos al cielo, murmura tiernamente dulces palabras de encendido afecto que recibe en su corazón la más amorosa de las Madres! ¡Oh sublime oración que pronunciada por el ángel brota con la mayor suavidad del labio balbuciente de los hombres, solo el gran Gounod pudo reflejar tu grandeza entre maravillosos raudales de armonía, sólo la prodigiosa inspiración del gran Millet, soñador magnífico del *Angelus*, pudo arrancar á su paleta los secretos admirables de luz y colorido que guardas en los pliegues de tu divina esencia!

Satisfecha el alma después de haber gustado el puro delcete de estos sentimientos y de estas bellezas, se recoge dentro de sí misma, y les saborea dulcísicamente.

Al despertar de tan plácido encantamiento, por última vez, vuelven los ojos á la ciudad, y la contemplación de sus más preciados monumentos, aviva en el recuerdo la gloria de los pasados siglos, narrada con delicia por los historiadores, enaltecida en los festivos cantos del poeta, idealizada por los ayes del alma envueltos en la cadenciosa melodía de ese místico errante de la patria que conocemos con el nombre de trovador.

Las suntuosas cúpulas del Pilar que se dibujan en las plateadas aguas del caudaloso Ebro, las gloriosas ruinas de Santa Engracia, el torreón solitario de la Azuda, el magnífico alcázar de la Aljafería, el severo templo del Salvador, el escondido palacio del Justicia, la soberbia morada de los Lunas, al aparecer ante nuestra presencia, evocan, con irresistible poderío, las más altísimas memorias.

A su vista recorre el pensamiento los más apartados horizontes, y contempla, en la luciente aurora de la historia, las huellas trazadas, en esta bendita tierra, por aquella divina Señora que la magnificó con su hu-

mana presencia; y tras la fe inextinguible de los primeros habitantes de Salduba, ve correr á torrentes la sangre de mártires innumerables que arrastran con amor el acerbo suplicio de la muerte, confesores sublimes de una religión, que, al decir de un hombre elocuente, es como el sándalo que perfuma el hacha que le hiere.

Da un paso mas el pensamiento, y vedle ya mezclado en la nueva vida que arrojó sobre Sarakusta el imperio de los árabes. Ora esclava de la sultana Damasco, ora vasalla de Córdoba la gentil, ora libre y señora de sí misma, bien se duerme entre plácidos arrullos de ventura, bien viste el luto tejido por la contraria suerte, ya se mancha con la sangre sin piedad vertida por los opuestos bandos, ya, festejada por el vencedor arde en fiestas y algazaras, alancea toros, corre cintas, y al apasionado son de añafles y atabales se gallardea, gozándose en el pulido esmero de sus artes y pregonando la alteza de su oriental ingenio.

La elocuencia de los monumentos continúa avivándonos el recuerdo de lo pasado, y conduce á nuestra extasiada imagina-

ción desde las nevadas cumbres de Uruel, verdadero Sinaí de las leyes aragonesas, hasta la grandiosa figura del gran Conquistador, aquel Alfonso que vistiendo de bruñido acero su espíritu de gigante, acaudilló sus huestes vencedoras por las vegas de Córdoba y Granada, hundió la altivez castellana en los ensangrentados campos de Vidiagos y Sepúlveda, llegando, con el arrojo de sus armas, hasta la inmortal reconquista de Zaragoza.

Después del Batallador, ya abierto el camino de la gloria, cruzan, á través de nuestra mente, los Alfonsos, los Pedros, los Jaimes, los Fernandos; y á la par de ellos cruzan también sus bizarras empresas y sus lides azarosas; y sentimos moverse en nuestro espíritu aquellas viriles energías, aquella animosidad aventurera que no pudiendo contener su abundancia en el cerco estrecho de sus fronteras, después de abatida la gente agarena, con Roger de Lauria se pasean victoriosas sobre las azuladas ondas mediterráneas, y con Roger de Flor recorren triunfadoras las doradas campiñas de la Grecia, llegando, en su audaz carrera, hasta los ai-

rosos muros de Constantinopla: sentimos agitarse en nuestra alma la entereza de aquellos monarcas, la hidalguía de la raza noble, la respetada dignidad de las clases populares: sentimos satisfacer nuestra conciencia aquel hecho sin ejemplo, único en la Historia, que se llama el Compromiso de Caspe, diadema la más rica que puede ceñir la memoria de un pueblo caballeroso: y todas estas y otras mil grandezas, véñese como iluminadas por el reflejo de una institución que las da concierto y las armoniza según el interés supremo de la patria; el justiciazgo, *«la más original, la más bella, la más noble, la más democrática, la más cristiana de todas las instituciones aragonesas.»* (1)

Y continúa el largo desfile de la Historia. Ya se divisa al reino de Castilla llamando hácia su centro á todos los pueblos que se gozan en la vida de su libertad. A la medida del correr de los tiempos se ven palidecer sus hermosas líneas de independencia, y sus privilegios se amenguan, y

(1) Discurso leído por D. Valentín Gómez en el Congreso Católico de Zaragoza.

sus franquicias se aminoran, y los fueros sufren rudos quebrantos, y vése, por fin, después de revueltas turbulencias, rodar en la histórica plaza del Mercado la cabeza del Justicia Lanuza y caer herido de muerte el antiguo fuero aragonés.

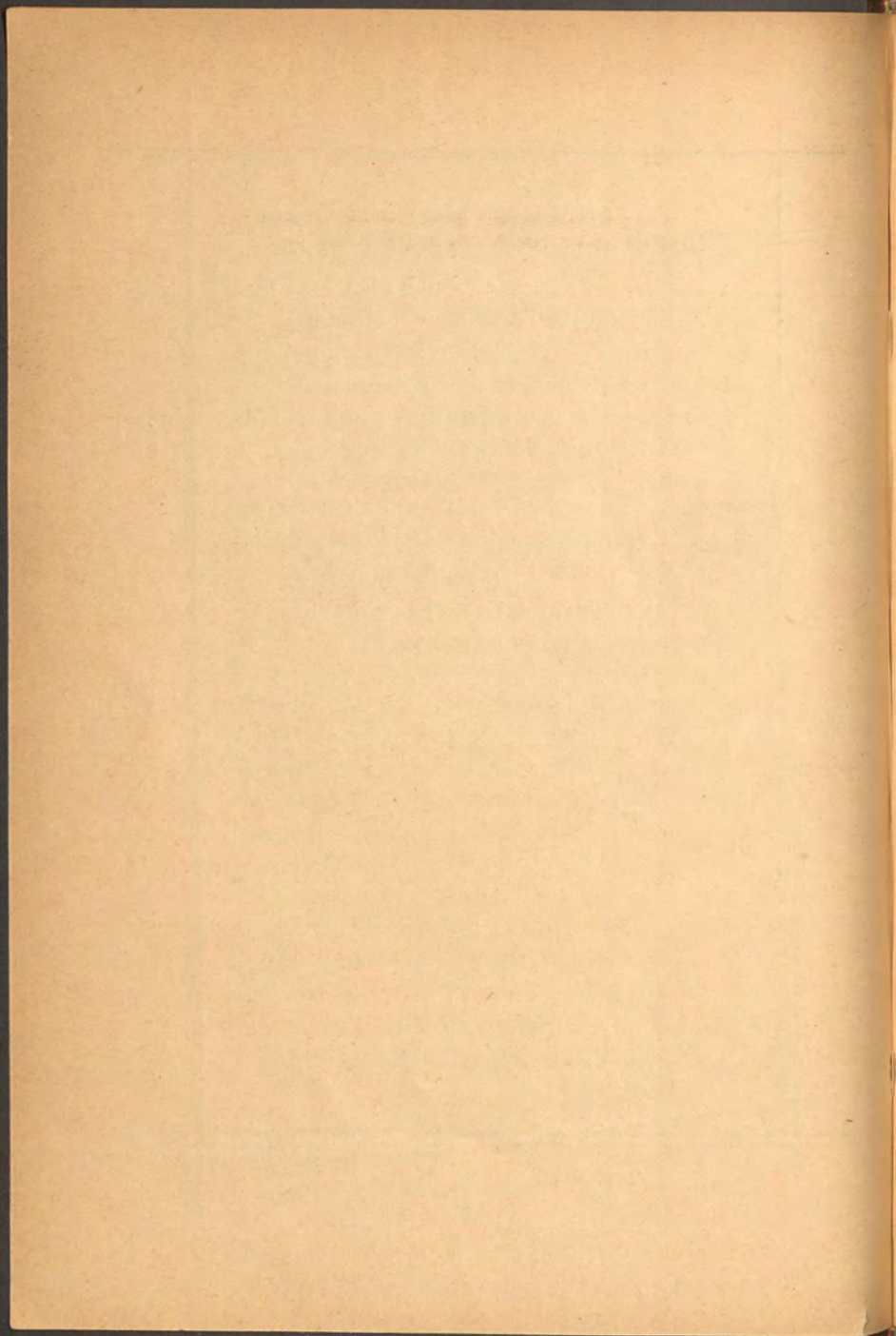
Da su último vuelo el pensamiento, y admira á los aragoneses, siempre pródigos de su sangre, verterla por la patria unida con entusiasta generosidad; desfilan azarasas épocas de decadencia; viéndose al cabo erguido el león español al sentir en las cumbres del Pirineo las amenazadoras águilas francesas; y se sorprende á Zaragoza despertando de su breve letargo de heroísmos al presentarse el falaz invasor delante sus abiertas murallas, tras las que se levantan las sombras de los Alfonsos y de los Jaimes, encendiendo en noble encono á aquel pueblo de héroes que logra el más hermoso triunfo con la misma grandeza de su derrota, y coloca el nombre inmortal de Zaragoza al nivel del de Sagunto y de Numancia.

• • • • • , • • • • •
En esta epopeya gigantesca, en la que,

de una parte, luchaba la fuerza material sin hidalguía, y de otra el valor alentado por el patriotismo, la Torre-nueva, alzándose en el centro de Zaragoza, avisaba el peligro con el eco esforzado de su campana al divisar desde la altura la rojiza llama de fuego anunciadora de próximo exterminio y de ruina.

Hízola el enemigo objeto singular de sus enconos, y las heridas que la saña extranjera abrió en sus gallardos muros, serán, mientras la Torre exista, el testimonio más vivo y elocuente de su gloria.

. ,





V

LEGADOS á este punto, rebosando en vivos deleites el corazón y noblemente levantado por la virtud de tan generosas ideas el pensamiento, no sin brotar homenaje grato del alma, como rendido tributo á tales mercedes, se descende de la elevada Torre, llevando grabada, por manera indeleble, en el espíritu, la memoria de los prodigiosos espectáculos á que convida, el testimonio de las pasadas glorias que reverdece.

Los sueños placidísimos surgidos en la altura, al rozar la base del gigante monumento, se despiertan al soplo helado de la realidad. Que realidad y prosáica realidad encierra la amenaza que parece gravitar sobre su existencia, dañada por herida de discutible apreciación.

Y estamos frente á frente á la famosa oblicuidad de la preciada fábrica.

No parece, en verdad, cosa razonable, como anda en opinión del vulgo, sospechar que tal defecto de construcción fuera de propósito ideado á manera de vano alarde de ingenio, y como gala estática del conocimiento mudéjar. Lo correcto, lo natural, lo bello, lo exclusivamente harmónico, lo verdaderamente artístico, era levantar la obra según las reglas fundamentales de la arquitectura, y buena traza dieron los afamados alarifes de ser hombres despiertos y sabedores de tal arte, para juzgarles capaces de rendir su ingenio á vanas sutilezas que, además de manchar con su incorrección la gallardía de las líneas, hubieran, á sabiendas, sujetado á dura prueba la firmeza y la seguridad del edificio.

¿Cómo explicarse, entónces, la declinación?

Veamos lo que á este propósito dice el erudito y correctísimo escritor D. Mário de la Sala: «Pero si la Torre-nueva se inclinó contra el deseo de sus alarifes, ¿cuándo abandonó la dirección vertical? Esta cues-

ción, á falta de datos positivos, sólo por conjeturas puede ser explicada, pero por conjeturas tan lógicas que llevan el convencimiento al ánimo; recordemos que se edificó en quince meses, y hasta siete años después no quiso recibirla el Municipio; ¿no debía ocurrir algo extraordinario, algún poderoso motivo de desconfianza que explique lo tardío de la admisión? No entendemos que ese algo pueda atribuirse á otra cosa que á la presencia de la declinación manifestada al terminarse la fábrica, pues de haber ocurrido posteriormente no hubieran dejado pasar desapercibido el hecho tantos ilustres autores como en los siglos XVI y XVII escribieron sobre las cosas de Aragón; es razonable, por consiguiente, la creencia de que la inclinación de la Torre debe atribuirse á la rapidez con que se hizo y al efecto de su enorme pesadumbre sobre unos fundamentos á cuyo buen enjubo y perfecto asiento no se proporcionó el tiempo necesario (1).

Estimamos tan claras y tan de buen sen-

(1) La Torre-nueva, por D. Mário de la Sala.—«Revista de Aragón».

tido las razones que ofrece el Sr. la Sala, en apoyo de su parecer, que no vacilamos un punto en aceptarle, creyendo cuerda-mente que en la extraña celeridad con que se levantó el edificio, reside el fundamento principal de su declinación.

Habiéndose advertido en el año de 1680 la aparición de algunas grietas en el muro del primer cuerpo, hubo de prestársele re-fuerzo por medio de un pegadizo almenado.

Nada se encuentra hasta el año de 1741 que pueda hacernos venir en conocimiento efectivo del estado del edificio. Por aquel tiempo hubieron de sospechar los vecinos inmediato peligro, y acudieron á la autori-dad para que, previo un detenido recono-cimiento de la Torre, obrara según los con-sejos de la mejor prudencia. Respondióse á esta solicitud ordenando examinarla á va-rios maestros, los cuales testimoniaron ha-ber medido una declinación de nueve pies y medio de Castilla.

Debieron aquietarse seguramente los ánimos, al no estimar peligroso este resul-tado del estudio, cuando, sin hacer obra alguna de importancia, corrieron tranquilos

los años hasta el de 1758, en cuyo tiempo se ven encenderse de nuevo las apagadas alarmas, y se despiertan los antiguos sobresaltos. Solo en 1749 se practicaron algunos leves reparos en la fábrica por los maestros Miguel Velasco, Raimundo Cortés y Julián de Zarza, visores de la ciudad.

Publicó en 1758 un minucioso informe el ingeniero D. Bernardo de Lana, en el que, una vez trazada la historia de la Torre, evidenció cómo en aquella época no corría peligro alguno de ruina, y después de proponer curiosamente varios medios, de sencillo uso, para medir con precisa puntualidad su declinación, daba remate á su tarea presentando cuatro bien acabados proyectos que, según su leal entender, llevados á cabo con maestría, bien pudieran enmendar la defectuosa fábrica. La empresa era de suyo colosal, y cargada de tales y tan recios peligros, que á nada práctico condujo el estudio de Lana, y las cosas siguieron, sin mudar el sesgo, según de tiempos atrás se venían sucediendo.

Para comprobar el alcance de la desviación practicáronse visuras en los años de

1777 y 1818, y en el ligero informe de los maestros que realizaron las últimas figuraban estas palabras *«resulta que los muros que componen esta Torre desde su planta hasta mas de 30 palmos de altura se hallan muy quebrantados y en muy mal estado; que con poca diferencia hasta otra tanta altura continúan quiebras de alguna consideración: que por la parte exterior los cuerpos volantes á resultas de los choques de las bombas y de las balas están muy desmoronados y algunos ladrillos enteros y otros partes menores están para caerse. En esta atención los reparos que hemos calculado precisos en este edificio no bajan de sesenta mil reales vellón.»*

Llegado el 1847, después de veintinueve años de tranquilidad, torna á agitarse el antiguo problema, y entónces dos luminosos informes vinieron á dictaminar sobre el estado y situación del edificio. Fué el primero obra del entendido ingeniero militar D. Pedro Ortíz de Pinedo, el cual, previo un detenido reconocimiento, formuló sus conclusiones de esta manera: *«1.º Que la Torre no está en inminente peligro de ruina porque no se ven las señales que debieran*

preceder á este accidente aunque las tiene de quebrantamiento. 2.º En conformidad de la contestación que precede no se está hoy en el caso de proceder desde luego á su demolición. 3.º Que hay reparaciones que hacer indispensables y urgentes, y que todas son de primer género, es decir, que la Torre exige una reparación capital sin distinción de géneros en las reparaciones parciales.»

Fué el segundo informe presentado en 25 de Octubre por el famoso ingeniero don Manuel de los Villares Amós, y su impresión dejola resumida en las siguientes frases: «*Si bien los cuerpos superiores se hallan en estado de durar muchos años, por una lamentable fatalidad el cuerpo inferior ó que sirve de base se encuentra bastante deteriorado tanto exterior como interiormente y la corrosión de la fábrica, por las causas que ya quedan indicadas, se aumenta de día en día sin que en realidad haya medio de evitarla.»*

Viene el año de 1849 y los ilustrados arquitectos Sres. Yarza y Gironza, en dictámen presentado el 2 de Mayo, sin formular de una manera terminante y precisa su opinión respecto á los extremos de demoler

ó reparar la fabrica, apuntan el mejor sistema para llevar á cabo la reparación.

En 27 de Diciembre de 1856 el ingeniero D. Andrés Brull, afirma, en un largo estudio, la triste necesidad de acometer las obras de demolición: mientras que, en igual fecha, los arquitectos Sres. D. Juan Gimeno, D. Mariano López, D. Mariano Utrilla y D. Pedro Martínez Sangrós, no sin reconocer los deterioros y los serios quebrantos de la obra, inclinan su ánimo, con preferencia, á enmendarles sin demora evitando la ruina.

Sacó á luz, también por este tiempo, el ilustrado y respetable arquitecto D. José Yarza, un luminoso escrito, poniendo de manifiesto los fundamentos de un *proyecto de reparación* firmado por él y por el Sr. Girónza en 1851.

Así las cosas, contrapuestas tan autorizadas opiniones, en virtud de una Real orden de 27 de Mayo de 1857, se nombró una comisión facultativa compuesta del Sr. Coronel Comandante de Ingenieros militares de la plaza D. Andrés Brull, el ingeniero D. Jacobo González Arnao y el arquitecto

municipal Sr. Yarza, para informar, de una manera *precisa y terminante*, sobre el mejor partido que había de tomarse en negocio de tan marcada trascendencia.

Surgidas graves diferencias de criterio en el seno de la tal comisión, presentáronse dos informes diferentes, uno suscrito por los Sres. Brull y Arnao, en el que se sustentaban las ideas ya emitidas con anterioridad por el primero; y otro firmado por el Sr. Yarza en el cual se declaraba *clara, precisa y terminantemente*, son sus palabras, *por la reparación*.

Otra nueva Real orden aparecida en 24 de Noviembre de 1857, vino á zanjar las diferencias, encomendando al cuidado del Sr. Yarza las obras que en su trabajo estimaba precisas para afianzar el artístico monumento.

Arriesgada y difícil era la empresa, pero el sabio arquitecto supo ponerla cima con brillante éxito: «la acometió, dice un ilustrado escritor, contra el torrente de la opinión de todos los facultativos, y bajo sus continuas instrucciones y vigilancia, los operarios ejecutaron la obra con una completa exac-

titud, y con un valor y abnegación poco comunes, teniendo el Sr. Yarza la completa satisfacción de terminarla sin la más mínima avería en la Torre, ni desgracia en los operarios.»

Hasta el 12 de Febrero de 1868 esta obra aquietó los temores del pueblo, pero llegado tal día, volvieron á reproducirse las escenas conocidas, y fue menester que la voz de la ciencia resonara nuevamente en la ciudad. Tocó esta vez tan delicado encargo al arquitecto D. Segundo Díaz, quien, no adelantando juicios y queriendo poner las cosas en su punto, tomó largo tiempo para el estudio del problema. En su informe cambió los términos que hasta aquella fecha habían servido de base á sus predecesores en tan ardua tarea, y en vez de decidirse entre la *reparación ó la demolición*, planteó el nuevo dilema de *construcción ó demolición*. «*Bajo este punto de vista, escribe el Sr. Díaz, lo único que me atrevería á proponer sería la construcción de otra nueva Torre descargando antes la existente, quitándole el Chapitel, la campana y la bóveda que se construyó debajo del campana-*

rio después de finar la reparación de la Torre, cuya bóveda era destinada á recibir la campana si algún día se desprendía por causa de un incendio ú otro motivo imprevisto: con cuyo alivio de pesos pudiera probablemente conservarse la Torre actual diez años más en los que debiera dividirse el tiempo y la recaudación de fondos para la construcción de la nueva, sirviendo la antigua primero como de modelo al natural y segundo para que no desapareciera la que existe antes de tener otra completamente igual á la primitiva, con sola la diferencia de su chapitel que debiera proyectarse más esbelto y ordenado al ornato de la Torre que había de cubrir.»

A mediados del mismo año de 1868, por encargo del Gobernador civil de la provincia, los arquitectos D. Pedro Martínez Sangrós y D. Juan Antonio Atienza, suscribieron, de común acuerdo, otro notable escrito que daba término con estas indicaciones: «En consideración á lo expuesto, concluiremos asegurando á V. S. con ánimo sereno y conciencia tranquila que la Torre-nueva es estable y tiene cohesión y demás condiciones de solidez necesarias para no temer un cataclis-

mo, siguiendo la naturaleza su marcha regular y constante.»

Transcurrido poco más de un año, en 12 de Noviembre de 1869, hubo necesidad de volver al exámen de la fábrica y una numerosa comisión formada por los distinguidos Sres. D. Eduardo de Loma, que era en tal sazón Gobernador civil de Zaragoza, D. Pedro Martinez Sangrós, D. Mariano Royo, D. Juan Zabala, D. Luis Franco y López, D. Francisco de Cubas, D. Juan Antonio Atienza y D. Bernardino Montañés, dictaminó en un bellissimo y substancioso informe declarando: «1.º *Que el edificio conocido con el nombre de Torre-nueva de Zaragoza es muy digno de conservarse por su mérito artístico y por sus recuerdos y significación histórica.* 2.º *Que no han encontrado en él señal de indicio alguno de ruina inminente.* Y 3.º *Que para evitar en lo sucesivo los efectos de alarma insuficientemente fundados, se nombre una comisión permanente de los Arquitectos designados por el Gobierno de la nación, la Academia de San Fernando y la comisión provincial de Monumentos históricos, que presidida por uno de los señores Alcaldes de Zaragoza, vi-*

gile constantemente el edificio, dando cuenta á la Academia de San Fernando de cualquier suceso ó accidente que pueda influir en la conservación y permanencia de este monumento.»

Este último extremo no fué resuelto á la medida del deseo de los comisionados, pues el Regente del Reino ordenó que se encargara exclusivamente la Comisión provincial de Monumentos artísticos é históricos de estudiar las vicisitudes del edificio y de proponer, cuando lo creyera fundado, las medidas que convengan á su conservación.

Por último, los recientes sucesos, que todos conocemos, han dado fundamento al informe de los ilustrados arquitectos señores López y Navarro que resumen su opinión en estas palabras: *«La fábrica y material visible de la Torre son excelentes, más el subsuelo es terreno de acarreo, de continuo trabajado por la acción de las aguas de la cuenca del Ebro, dió ya lugar á la famosa inclinación por tanto tiempo admirada cual trágica catástrofe en suspenso por humano poder del arte; pero es causa también de repartir cada vez con menor conveniencia el enorme*

peso total sobre mas pequeña porción de base efectiva para el trabajo estático, determinando así de modo lento pero inevitable la iniciada rotura decisiva de la ruina, poniendo fin al admirable equilibrio hasta ahora sostenido. Podría tardar mas ó menos tiempo, (imposible de precisar para nuestro escaso saber); pero el desquiciamiento evidenciado en estos últimos diez años, es ya para ser inicial (desde la reparación) demasiado intenso hasta el punto de no poder los firmantes responder de la ulterior permanencia del monumento, sin que por esto entiendan que no haya todavía lugar á resolver serenamente, lo que más convenga.»

.
Tales son, resumidas en brevísima síntesis, las opiniones científicas sustentadas, en diversos tiempos, por los ingenieros, arquitectos y comisiones. Tal es el verdadero estado de la cuestión.

Nosotros, que respetamos profundamente todos estos criterios por la alteza de su ilustración y la nobleza de sus altísimos propósitos, dada nuestra impericia en este elevado y difícil linaje de conocimientos, solo

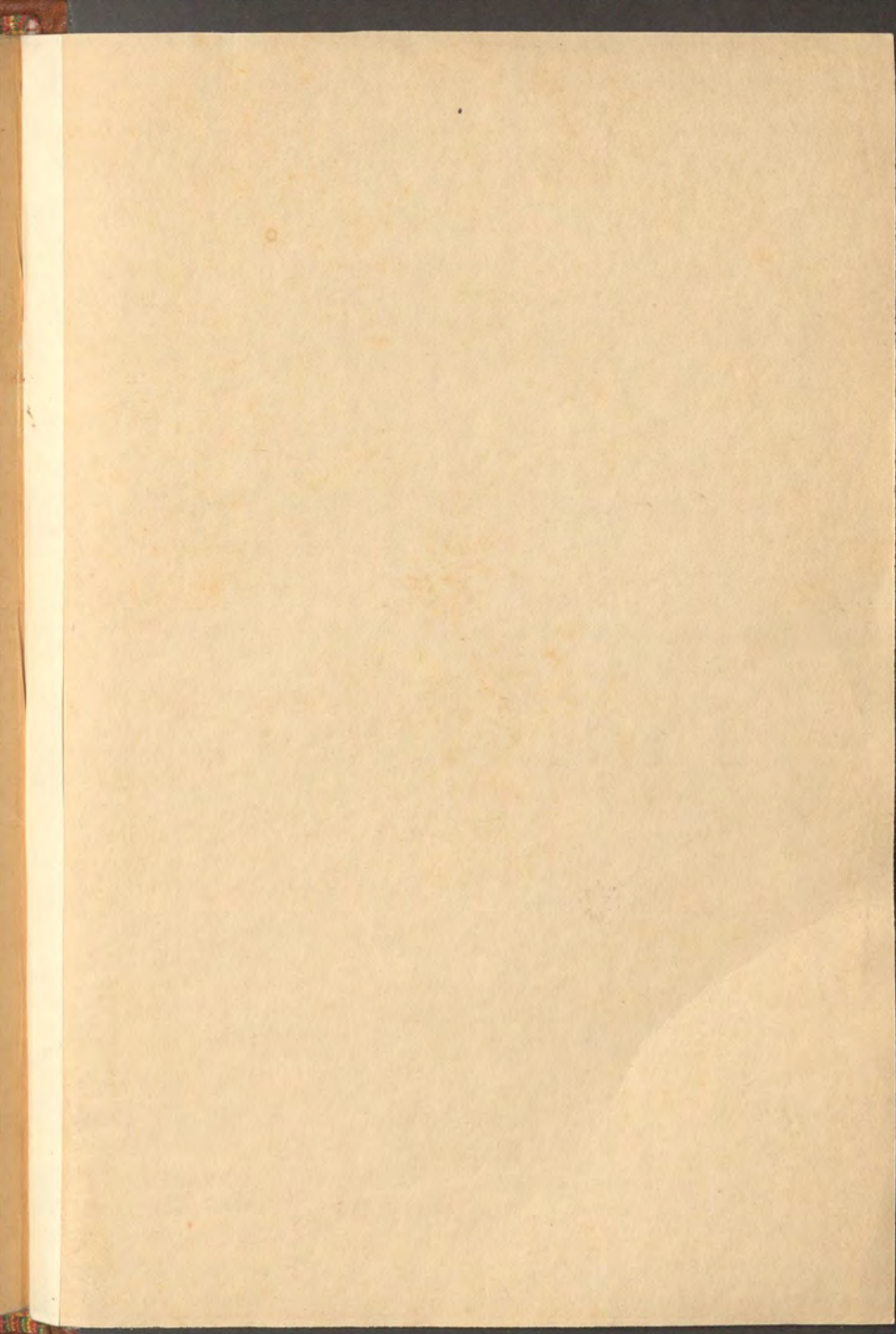
hemos pretendido, en el curso de nuestro presente trabajo, poner de manifiesto la gloriosa significación del monumento que es hoy objeto especialísimo de los más patrióticos afectos.

Aquilátese, por última vez, con el mayor detenimiento, el estado de la fábrica, médase la profundidad de los males que la aquejan, oíganse reposadamente á las eminencias del arte, hable la Real Academia de San Fernando, y, si después de andado este camino, el severo dictámen de la ciencia se inclina á la desaparición del grandioso edificio, con duelo y pesadumbre, mas sin demora, arriéguese la empresa, que monta menos, ciertamente, ver eclipsada una joya artística que sentir los amargos días de luto y de pesadumbre que pudieran acarrear sobre esta nobilísima ciudad, su hundimiento y su ruina.

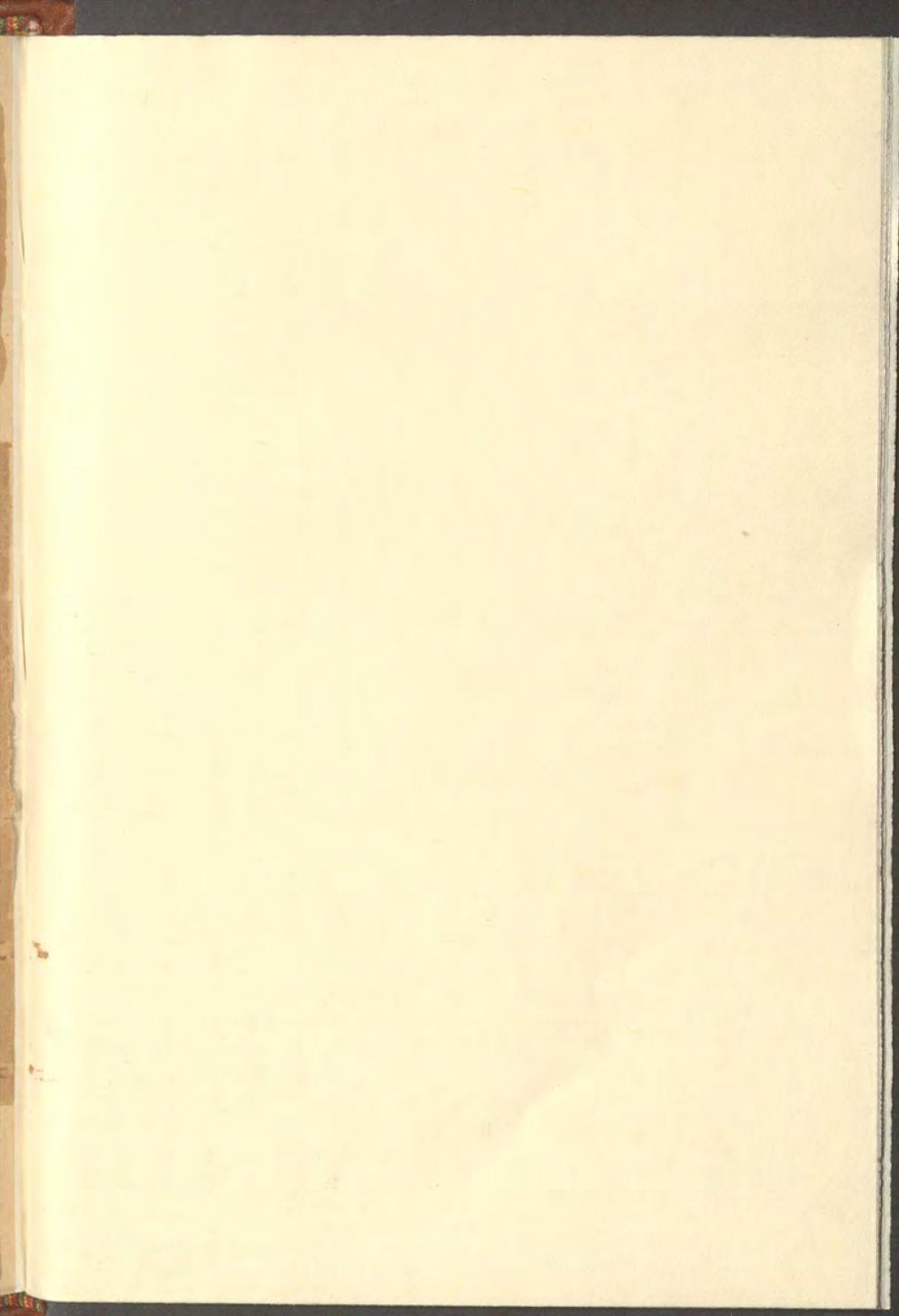
Mas si por buena dicha no fueran tan graves los quebrantos, hallándose sólida manera de perpetuar la gigantesca y gloriosa Torre-nueva, acúdase con presteza á los reparos, atájense con mano hábil los peligros, y, sosegadas, como otras veces, las

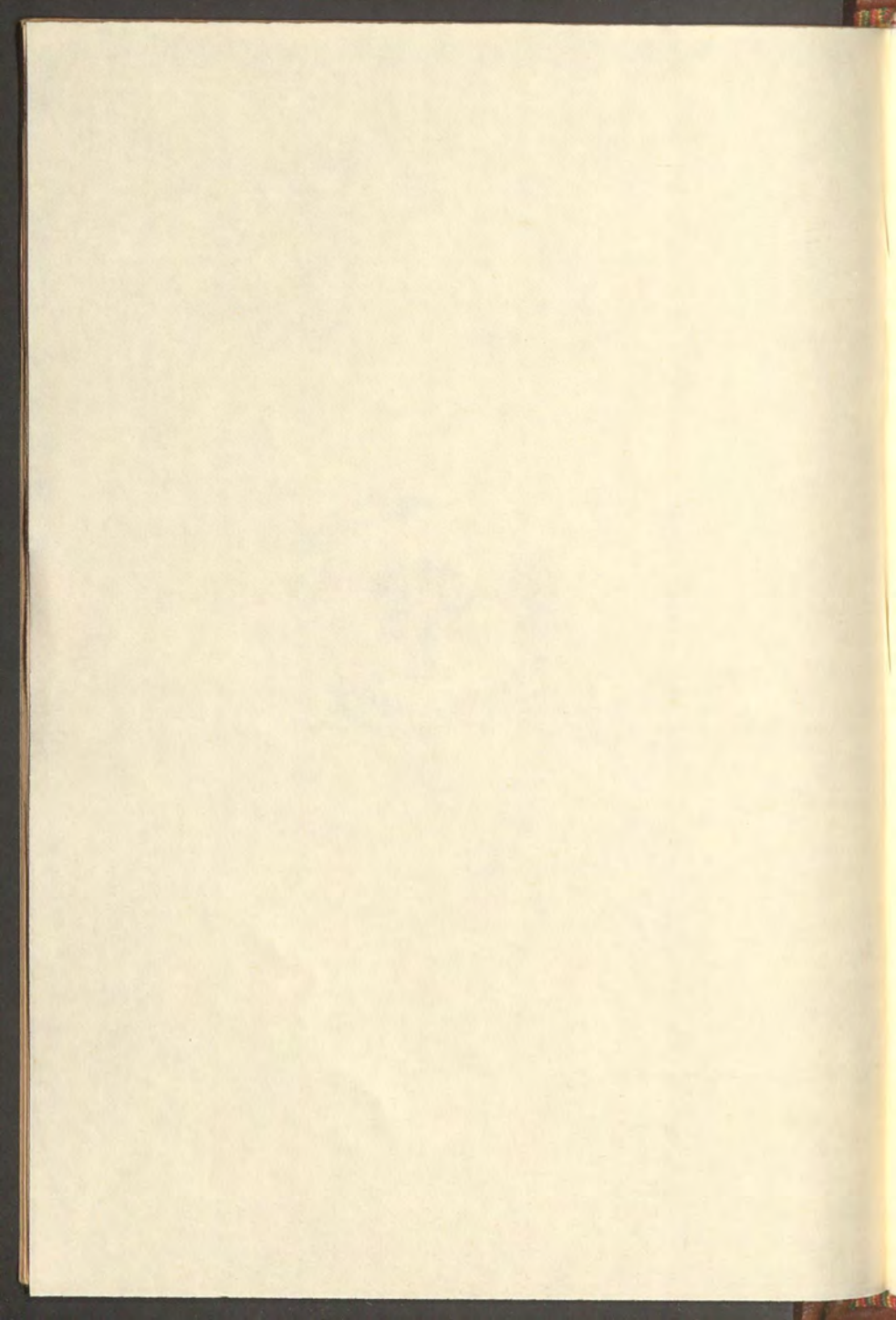
desconfianzas populares, y pacificados los espíritus, gocen perdurablemente los hidalgos hijos de esta noble tierra, del incomparable monumento que les recrea con la bellísima perspectiva de sus encantos, les regula con el dulce eco de sus campanas, les convida con el delicioso espectáculo de la florida vega, ofreciéndoles, desde su elevada altura, en magnífico concierto, un recuerdo vivo é inextinguible de todas aquellas proezas y heroismos, escritos en los antiguos monumentos, y que proclaman á la invicta Zaragoza pueblo sin rival en las páginas brillantes de la Historia.

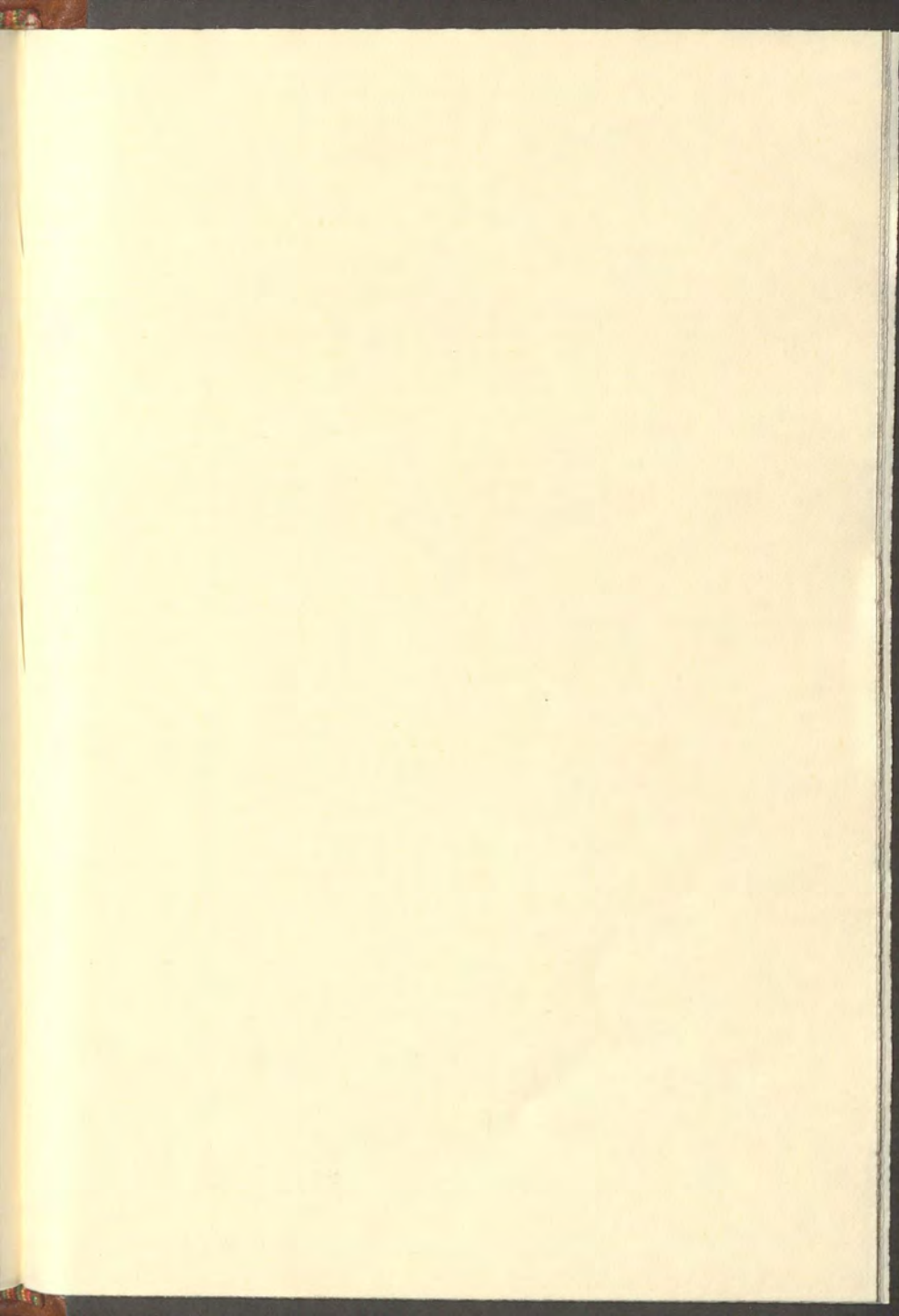
Zaragoza 8 de Diciembre de 1891.

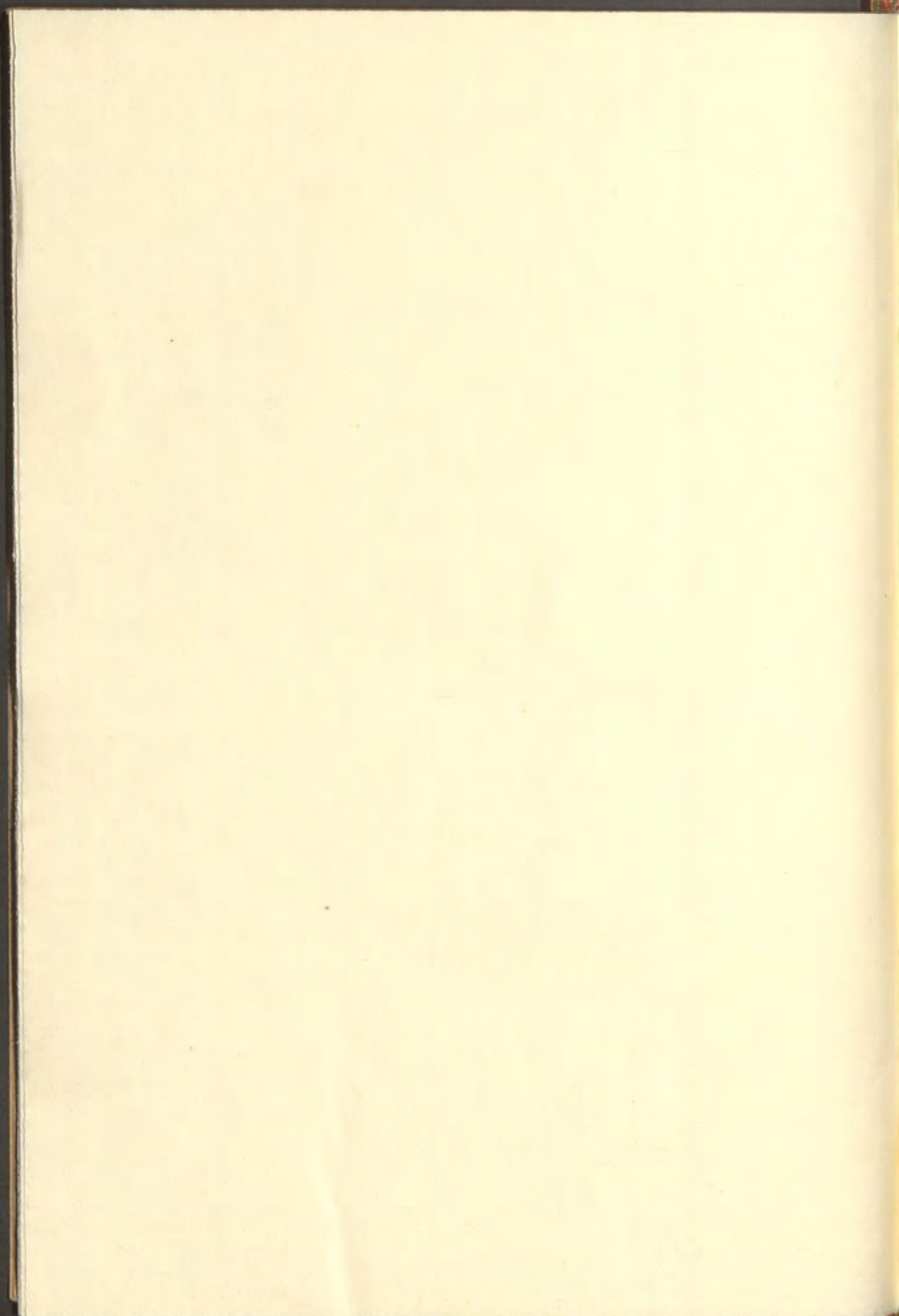


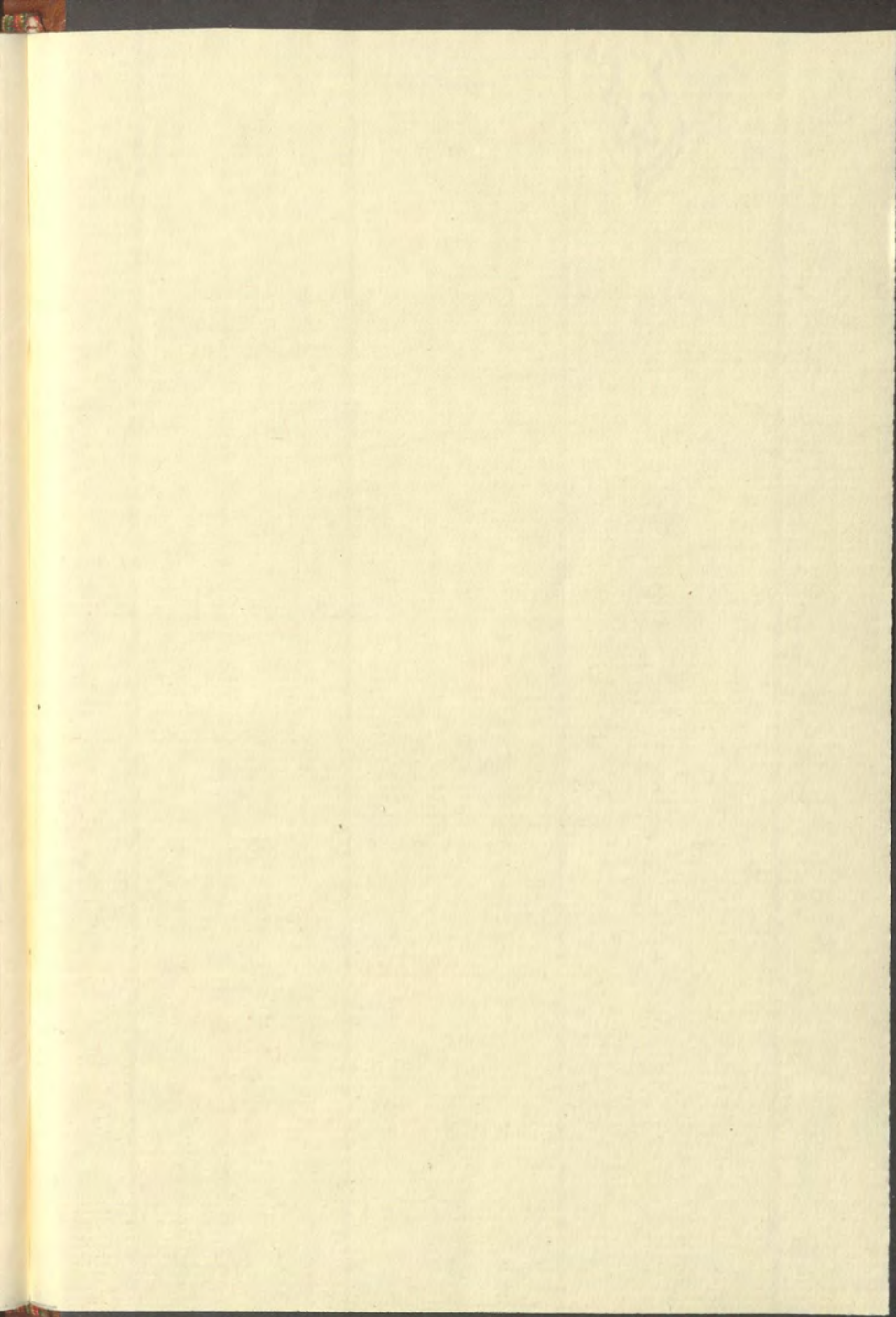


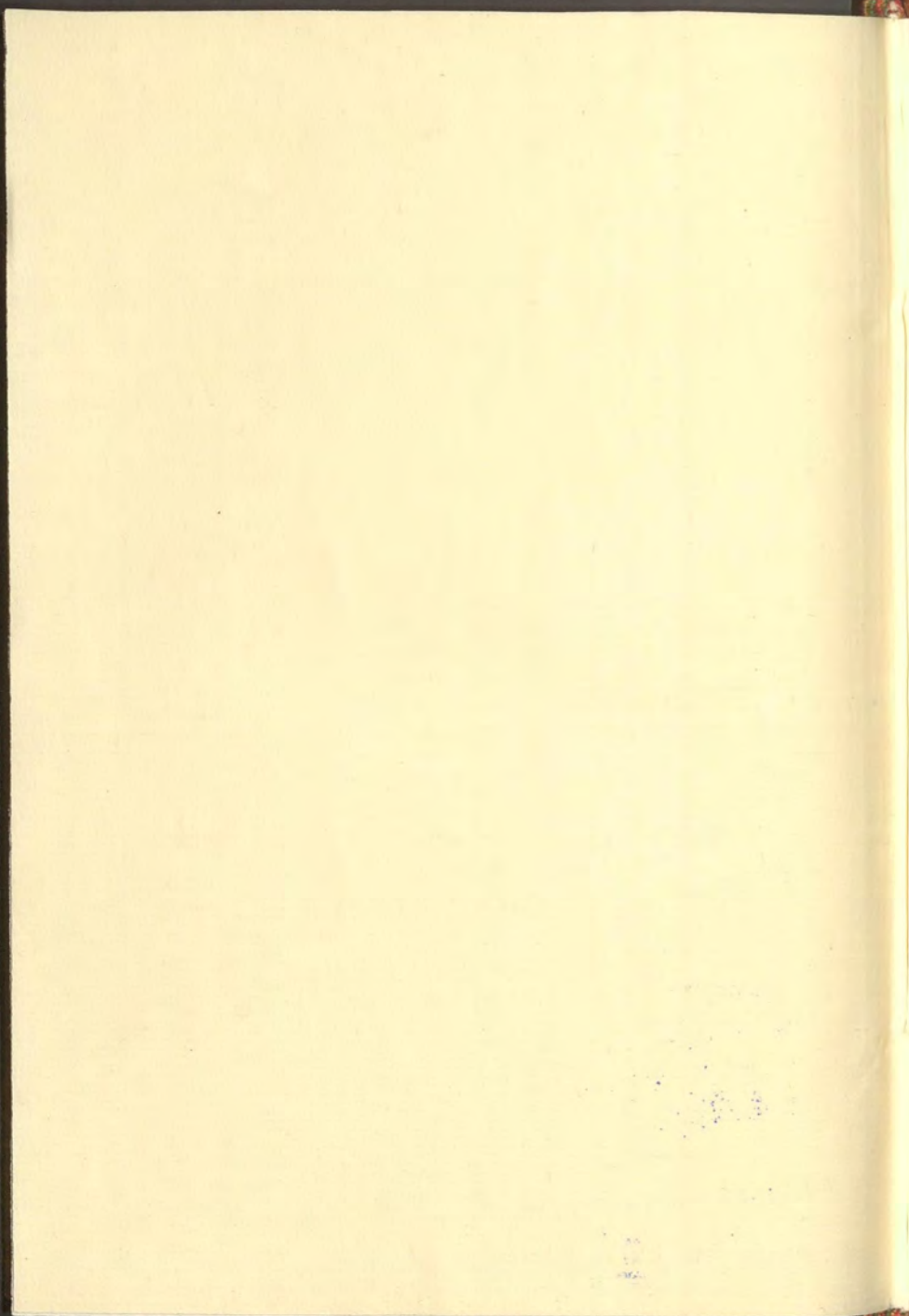














BIBLIOTECA

